

PANTANOS DE METAL

CLARK CARRADOS

Pantanos de metal

COLECCIÓN

ESPACIO

Pantanos de metal

por

Clark Carrados



EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

Representantes exclusivos en Estados Unidos
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.

FIDEL COMPANY
2366 Glendale Blvd.
LOS ÁNGELES, 39 CALIFORNIA

Depósito legal B 1052 - 1958

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones Toray, S. A. - T. Llorente, 13 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



N mi país, a esto que me hace usted, capitán Ring, se le llama la patada de Charlot — protestó el hombre que se hallaba junto a una esclusa de salida del carguero «Temístocles», en órbita de regreso a la Tierra.

—Me importa un pito su opinión, Fel Lomas. Lo único que quiero es que se largue cuanto antes de la nave y nos libre a todos de su infecta presencia.

Desde sus casi dos metros de estatura, Fel Lomas miró de arriba abajo al capitán Ring, fornido, de prodigiosas fuerzas musculares, pero de mediana estatura, cuyo único ojo útil lanzaba chispas de cólera a cada movimiento de sus labios.

Detrás del capitán Ring, y sosteniendo en sus manos con roqueña firmeza sendas pistolas de llama sólida había dos hombres, en cuyos rostros no se veía la menor expresión de simpatía hacia Lomas. Sólo la presencia de los esbirros contenía a éste, y de no haber sido por tan insignificante detalle, a buen seguro se hubiera arrojado sobre el capitán Ring. Las fuerzas de ambos estaban muy equilibradas y las apuestas sobre el resultado de la problemática lucha se hubieran efectuado a la par, con toda seguridad.

—Me voy a la fuerza, capitán — dijo Lomas, sin amilanarse—. Pero tenga en cuenta que un día...

—Ese día está muy lejano aún, si es que le queda alguna probabilidad de alcanzarlo. Lomas. ¡Vamos, lárguese ya de una vez y deje de entonar hipócritas lamentaciones! Demasiado sabe que lo que hago con usted es lo menos que podía haber hecho.

—¡Claro! Como que sólo le faltó montar una horca en el puente y ejecutarme allí, ¿verdad? Pero usted no quiere que mi muerte pese sobre su puerca conciencia y me larga ahí abajo, sin más...

Ring soltó una irónica carcajada.

— No diga estupideces, Lomas. En realidad le estoy haciendo un favor al no encerrarle en una cabina y entregarlo luego a las autoridades terrestres. ¿Cree que éstas tendrían tanta consideración como yo?

—Por lo menos tendrían dos ojos — dijo Lomas acremente, y el rostro de Ring adquirió el color de la langosta cocida.

—Le doy una nave para que pueda llegar a la superficie de Venus, En ella tiene el combustible suficiente para el aterrizaje, así como armas y víveres para los primeros días. También lleva una carga llameante para abrirse un hueco en la selva, y después...

—Y después, ¡que Dios tenga piedad de mi alma! Está bien, capitán; no me queda otro remedio que obedecerle, pero procure que la próxima vez que nos veamos sea en estas condiciones; de lo contrario, le voy a dejar ese indecente pescuezo más delgado que una paja de sorber refrescos.

Fel Lomas ya no habló más. Alguien manejó el mecanismo de apertura y la compuerta de la esclusa se deslizó a un lado. Lomas se metió en ella, y de allí pasó a la estrecha cabina de una navecilla auxiliar, cuya cúpula cerró, oprimiendo el botón correspondiente. Se ató con las correas de sujeción, y en el mismo instante, una tremenda fuerza empujó hacia un costado el bote volador.

El diminuto aparato, de cuyos costados sobresalían, en forma de triángulo, sendas alas sustentadoras, se apartó de la trayectoria del «Temístocles». Fel Lomas levantó los ojos y vio sobre su cabeza la enorme mole plateada del carguero, cuyo tamaño disminuía con rapidez a medida que se iba alejando en el espacio.

El carguero desapareció de la vista de Lomas en pocos momentos, perdiéndose en las estrellas, entre las cuales, y como la más brillante de todas, refulgía la Tierra en lontananza. Fel suspiró, nostálgico, dándose cuenta, con una breve mirada al indicador de combustible de que acaso podría establecer una órbita cuyo final fuera el planeta, pero que no obstante, no tendría tiempo de llegar vivo hasta allí. Moriría mucho antes, en el camino y, además, el

consumo de combustible en el establecimiento de tal órbita sería tan grande, que no podría descelerar para el aterrizaje, aún en el supuesto de que los víveres le durasen las veintiuna semanas que invertiría viajando en una órbita económica Hohma, de clase A.

Puso en marcha el motor.

—Total— masculló descontento de sí mismo—, que lo quiera o no, no me queda otro remedio que zambullirme en ese paraíso de los peces que tengo aquí abajo.

El «paraíso de los peces» a que se refería Fel era Venus, el brillante planeta, cubierto perennemente de nubes, las cuales, por su parte externa, refulgían intensamente al recibir los rayos del Sol. Atraído por el planeta, el bote volador descendió rápidamente.

De un brillante disco blanco, Venus se convirtió en poco rato en un mar de nubes, llenando con su colosal masa todo el horizonte. Mientras tanto perdía altura, atraído por el tirón gravitacional del planeta, Fel hizo un rápido recuento de sus posibilidades y torció el ceño al darse cuenta de que éstas eran mucho menores de lo que le habían parecido en un principio.

Había allí unas cuantas latas de conserva, a base de sustancias básicas como proteínas e hidratos de carbono, todo ello en forma de polvo deshidratado, tabletas lácteas, comprimidos de cafeína y de cerveza, así como algunas aspirinas y tabletas depuradoras para el agua potable, y poca cosa más. Un cuchillo de monte, de excelente y afilada hoja; una pistola llameante, con carga para quince o veinte disparos; una tienda de campaña, hecha de tal forma, que bastaba soltar el gas contenido a presión en la botella adjunta, para que ella, por sí sola, adoptase la forma conveniente, y un traje transparente, impermeable, amén de un par de cajas de fósforos y unas cuantas ruedas de alcohol sólido, cada una de las cuales podía durar, ardiendo, de dos a tres horas.

Todo esto era el equipo de que disponía Fel para desembarcar en Venus, el cual cabía holgadamente en una amplia mochila que podía sujetarse a la espalda por cómodas correas. La pistola y el cuchillo irían en un cinturón.

Acabó por encogerse de hombros filosóficamente.

—Bueno — se dijo, terminando de empaquetarlo todo—; menos tenía Robinson Crusoe y lo sacaron de un libro. Pero a mí — agregó — no habrá quien me saque de aquí.

En el preciso momento en que había terminado, oyó en el interior de la pequeña carlinga el suave siseo de su primer encuentro con las capas atmosféricas venusianas. Jirones de leve bruma pasaron rapidísimos ante sus ojos, espesándose poco a poco. Consultó el velocímetro y juzgando excesiva la marcha que llevaba, disparó un par de descargas decelerantes.

Poco a poco, la niebla se fue espesando en torno suyo. La sonda radárica le indicaba en todo momento la altura que le separaba del suelo de Venus y, guiándose por ella, manejó el bote volador, siempre en continuo descenso y pérdida de velocidad. Pero la capa de nubes era muy espesa y ya, por supuesto, no era blanca, sino gris, de un gris profundo y plomizo, que llenaba con su tétrico color cuanto le rodeaba.

La sonda fue señalando cada vez una menor distancia del aparato al suelo. A Fel se le hizo preciso liberar más descargas de los chorros inversos para frenar la velocidad del aparato. El tiempo se le hizo interminable y creyó que nunca iba a salir de aquel impenetrable banco de nubes que envolvían perennemente al planeta.

Súbitamente, la niebla se aclaró. No mucho, pero sí lo suficiente para permitirle ver, de un modo vago, lo que había a sus pies. El color gris fue sustituido por un verde intensísimo y, no obstante, ciertamente apagado, sin ningún matiz de brillantez en la fuerza de su tono.

La parte frontal de la cúpula se llenó instantáneamente de una capa acuosa que cortó la visibilidad. Fel oprimió un botón y una potente corriente de aire limpió en el acto un sector del cristal, devolviéndole de nuevo la visión. El aparato perdió altura.

Redujo de nuevo la velocidad, disparando un par de descargas más de los chorros. Pero la segunda descarga resultó incompleta.

Fel movió frenéticamente el botón del mando decelerado sin el menor resultado. Sólo fue al cabo de unos segundos cuando se le ocurrió echar un vistazo al indicador de combustible, lo cual ocurrió de manera casi simultánea con la exclamación de rabia que brotó de sus labios.

—¡Ese maldito descendiente de una hiena leprosa lo calculó bien! —rezongó para sí.

Ahora tenía que descender en vuelo planeado.

No se veía el suelo bajo él, sino una espesa capa de verdor, que llegaba a todo cuanto alcanzaba la vista; sin embargo, el horizonte estaba oculto por las nubes que cubrían el cielo del planeta. Aquella capa de verdor era la cúspide de la espesa selva del suelo venusino en uno de sus polos.

Falto de combustible, el servomotor se negó a funcionar cuando Fel requirió de él la fuerza necesaria para sacar los «flaps» de freno, por lo que tuvo que recurrir a la palanca de mano, lo cual necesitó un gran esfuerzo por su parte. La velocidad de planeo se redujo en unos doscientos kilómetros a la hora.

Pero, aun así, el suelo se aproximaba demasiado rápidamente. Fel calculó que tenía muy escasas probabilidades de sobrevivir si no obraba con acierto, sincronizando sus movimientos con el instante del contacto definitivo con el

suelo venusino. En vista de ello, inclinó levemente el morro del bote, enderezándolo después, de modo que su descenso fuese casi horizontal.

Su mano se posó sobre un botón rojo que había en el tablero de mandos. Pero su vista estaba fija en el panorama que se le acercaba a pasos agigantados.

En el momento oportuno; su dedo índice oprimió el botón. Del morro del aparato brotaron dos chorros de fuego blanco.

Aquellos puñales de fuego sólido alcanzaban una distancia de tres o cuatro kilómetros al menos. Bastó que tocasen las capas superiores de la espesa selva venusina, para que éstas desaparecieran en un instante, carbonizadas por aquella llama devoradora, dejando en su lugar un negro hueco de unos cuarenta metros de anchura máxima, por dos o tres mil de longitud.

Espesas nubes de blanquísimo vapor se elevaron del suelo, dificultando la visión. Fel conectó los infrarrojos y las nubes, aun existiendo, parecieron desaparecer. El suelo se acercó rápidamente.

Fel tensó los músculos, disponiéndose para el aterrizaje definitivo. En cualquier otro lugar, hubiera hecho aparecer las tres ruedas que le hubieran facilitado la toma de tierra, pero allá, en Venus, la cosa hubiera rayado en la temeridad. Era mucho mejor dejar deslizarse sobre el levemente panzudo vientre del aparato, a cuya acción colaborarían sin duda las alas en delta, y esta fue la maniobra que precisamente ejecutó el joven.

El bote volador tomó tierra, despidiendo grandes nubes de sucia espuma a ambos lados. Corrió unos cuantos centenares de metros, dando grandes saltos y bandazos que molieron los huesos de Fel, y luego, tras un par de horrendos crujidos, el aparato se detuvo.

Durante unos momentos, Fel permaneció inmóvil, respirando afanosamente, como tratando de recuperarse. Pero luego, deshaciéndose de las correas con rápidos gestos, echó a un lado la capota transparente.

Instantáneamente sintió un terrible impacto en los hombros: el del agua que en espesas cataratas, caía constantemente del cielo. Las ropas se le calaron en el acto, y Fel pensó que el agua le iba a penetrar en pocos segundos hasta la médula de los huesos.

Afortunadamente, era una ducha tibia, dada la cálida temperatura de aquel lugar. Sacudiendo la cabeza cómo un perrito recién salido del río, sacó una pierna fuera de la carlinga, después de haberse asegurado la mochila a la espalda.

Oyó un crujido alarmante y se volvió a mirar, dándose cuenta de que el bote se hundía velozmente. La solidez del suelo era aparente únicamente; pero en realidad, había tomado tierra en un pantano cuya profundidad no podía

calcular.

Se puso en pie encima del corto fuselaje, pasándose la mano con frecuencia por la cara para limpiársela del agua que caía, con sordo y constante murmullo, con isócrona monotonía, sin altibajos de ninguna especie, sin ráfagas de aire que la hicieran densa unas veces y clara en otras. El agua caía con infinita mansedumbre, pero con terrible continuidad, sin cesar nunca en su eterno desplomarse del cielo, dividida en billones, no de grises gotas, sino de hilos que no parecían tener jamás fin en su infinito viaje de las nubes al suelo.

El aparato, desfondado en su irregular aterrizaje, continuaba hundiéndose en aquel pantano. De pie sobre él, Fel dudó acerca de la resolución que debía tomar.

Oteó el horizonte próximo, en busca de una solución para su problema. En tanto que lo hacía, no dejó de dedicar unas cuantas interjecciones, escogidas de entre lo mejor de su repertorio, al capitán Ring. Le llamó de todo lo que se ocurrió, hasta que quedó sin aliento.

Y entonces notó algo extraño: el movimiento de descenso del bote se había detenido.

Las alas del aparato habían desaparecido bajo la fangosa superficie del pantano venusino. Fel había estado considerando la posibilidad de arriesgarse y nadar hasta los más próximos árboles, apenas distantes de él una veintena de metros, pero también entraba dentro de los posibles que sus miembros se enredasen en alguna planta y pereciera ahogado. ¿Por qué no se hundía ya el artefacto?

Fel no tardó en saberlo: las mismas plantas del pantano lo habían atrapado en sus millares de tentáculos, envolviéndolo literalmente entre ellos, e impidiendo su total naufragio. Era algo casi horripilante ver cómo crecía la vegetación a su alrededor, ganando terreno en un espacio increíble de tiempo. Miles y miles de delgadísimas ramas, sin hojas, de un desagradable color blanco verdoso, surgían por todas partes, como si fueran seudópodos de algún animal vivo de nueva especie. Fel tuvo que dar unas cuantas patadas para deshacerse de ellas que ya se habían enroscado alrededor de sus botas. Luego miró en torno suyo.

La negrura de la vegetación carbonizada por sus dos descargas llameantes había desaparecido ya casi del todo, surgiendo de nuevo, con irresistible pujanza, la venusina vegetación, favorecido su velocísimo crecimiento por el agua y la temperatura, que Fel calculó, en aquellos momentos, no menor de 40º centígrados.

Pero, se dijo, no podía permanecer mucho tiempo allí. De lo contrario, se convertiría en una estatua verde antes de media hora. Tenía que salir de allí y su cerebro trabajó activamente, buscando una solución.

La halló casi al instante. Desenfundó el cuchillo y se inclinó, cortando con él las fibras que ya invadían la cúpula de la cabina. Con el mismo cuchillo, a modo de destornillador, extrajo los pernos que lo unían a sus bisagras, y luego lo arrojó fuera de las alas, ya cubiertas por entero de vegetación, de modo que quedase flotando sobre aquella masa semilíquida del pantano.

Saltó al interior de la cáscara, arrodillándose en ella. Con las manos hizo de remos, avanzando trabajosamente metro a metro, hasta la próxima hilera de árboles, situada a poca distancia. El agua, que continuaba cayendo implacablemente, empezó a llenar el fondo de tan original embarcación, haciéndola perder nivel sobre la superficie de la ciénaga.

Se abrazó al tronco del primer árbol que topó, quedándose con él en las manos, no sin un vivo sentimiento de repugnancia; tan débil era la vegetación arbórea del planeta.

Un poco más allá, al fin, pudo posar en algo que parecía tierra firme. No obstante, los pies se le hundieron hasta los tobillos, pero, por lo menos, supo que podía caminar, si bien con grandes dificultades.

—Algo es algo se dijo a modo de consuelo.

Emprendió la marcha, bajo el espeso manto de agua, sin saber exactamente hacia dónde se encaminaba. En realidad, tampoco lo miró mucho; se mirase por donde se mirase, tenía la seguridad de que en varios centenares de kilómetros a la redonda, todo era igual.

La luz gris que era el día del planeta, fue desapareciendo poco a poco. Antes, sin embargo, de que se hiciera totalmente de noche, Fel sacó el impermeable, y se lo colocó de modo que le cerrase hasta el cuello. Necesariamente, la cabeza hubo de quedarle al descubierto y así, recibiendo verdaderas cataratas de agua en pleno rostro, continuó su camino.

En Venus llueve como en otros países hace sol — pensó—. Aquí, la lluvia es tan natural y tan continua como, el sol en el Valle de la Muerte, en California. Siempre igual, siempre incesantes el uno y el otro sin que jamás disminuyan sus respectivas intensidades, más que en contadas y brevísimas épocas del año.»

Varias horas más tarde, juzgó que era necesario descansar un rato. Se tumbó al pie de uno de aquellos blanduchos árboles, aparentemente de la solidez de una robusta encina, pero que se podían arrancar con una sola mano; mas hubo de levantarse al poco rato, casi antes de haber conciliado el sueño.

Maldiciendo y renegando, hubo de ejecutar las mil maniobras antes de poder llegar al cuchillo a través de su impermeable, para, con él, deshacerse de los millares de hilos vegetales que crecían en el suelo y que habían amenazado con envolverle totalmente, ahogándolo sin remisión, a poco que se descuidase. Y no podía soñar en trepar a la copa de un árbol, porque sus

débiles ramas no soportaban siquiera el peso de su pistola llameante.

Caminó, dando bandazos a causa de la fatiga. Si se apoyaba con cuidado en el tronco de un árbol, para descansar un poco sin derribarlo, sentía en sus botas al apagado murmullo de las plantas que crecían en torno suyo, como aguardando únicamente un momento de humana flaqueza, para aprovecharse de él y devorarlo.

Una semana más tarde, Fel Lomas se había convertido en un espectro de crecida barba y blanquísima piel, lavada por el agua que no había cesado de caer ni un sólo momento desde que aterrizara en Venus. Las manos del joven estaban surcadas de blandas arrugas a consecuencia del incesante contacto con el agua y, en contraste, sus ojos aparecían inyectados en sangre como resultado de la falta de sueño.

En algunas ocasiones, Fel había conseguido dormir, utilizando su pistola llameante para carbonizar una pequeña área de vegetación en torno suyo. Pero las plantas de Venus crecían rápidamente, y cada disparo apenas si le había permitido un respiro de un par de horas diarias. El marcador de carga de la pistola tenía ya la aguja en el punto medió.

Y, por encima de todo, el agua. El agua que caía de modo continuo, incesante, dividida en una constante sucesión de finos hilos de lluvia, que empezaban en las nubes y concluían en el suelo. Llovía y llovía sin cesar, espesamente, con incesante murmullo, que exasperaba los nervios y que a Fel empezó a parecerle el castigo de alguna bíblica maldición.

El joven se dijo que sus posibilidades de supervivencia eran casi nulas, si no encontraba pronto refugio donde poder descansar con comodidad algún tiempo y reemprender la marcha de nuevo. Por las horas que llevaba andando, calculó que había recorrido unos ciento cincuenta kilómetros, en ignorada dirección, y que aún le faltaban, cuando menos, quinientos o seiscientos más para llegar a tierras donde acaso la intensidad de la lluvia fuera menor. Pero aquellas tierras estaban más hacia el ecuador del planeta y, lógicamente, la temperatura allí era mucho mayor. «Un dilema de órdago», gruñó para sí.

Al noveno día, después de haber ingerido como todo alimento un par de tabletas lácteas, a las cuales añadió el agua que tomó, abriendo sencillamente la boca y dejando que le entrara directamente por la garganta, a corta distancia vio algo que tenía cierto aspecto de solidez física y que además, no era color verde ni gris, sino de un anaranjado brillante que el agua no había conseguido hacer desaparecer.

Fel suspiró aliviado y corrió, chapoteando en el líquido, hacia aquel edificio, cuya parte superior estaba rematada en una cúpula semiesférica. Lo rodeó, sin fijarse mucho en su aspecto externo, y no pudo contener un grito de alegría al hallar una puerta abierta.

Fel ya no quiso ver más y se colocó en el interior del edificio. Exhausto,

se tiró al suelo, pareciéndole, mentira no sentir sobre sus hombros el incesante golpeteo de la lluvia. El siseo de ésta ametrallando implacablemente los pantanosos alrededores le pareció ahora música celestial.

El joven quedó de bruces en el suelo, con las palmas de las manos apoyadas en el pavimento, tratando de normalizar el ritmo de su respiración. Por unos momentos pensó en quedarse dormido allí mismo, pero se dijo que lo más práctico era desnudarse, encender una tableta de alcohol sólido y hacer que se secara la ropa mientras reponía sus fuerzas con alguno de los alimentos que aún le quedaban. Después... dormiría hasta que le dolieran los párpados de tanto tenerlos cerrados.

Se puso de rodillas y llevó sus manos a las correas de la mochila. Pero su gesto no pasó de ahí; con los dedos sobre las correas, Fel se quedó convertido en una estatua.

La causa de su repentina inmovilidad había sido una voz que acababa de oír a espaldas suyas. Y aquella voz no le daba, precisamente, la bienvenida.

—¡No se mueva, si quiere seguir viviendo!

CAPÍTULO II



UANDO se inició la colonización de los planetas, Venus y Marte fueron los primeros objetivos de los astronautas en sus, entonces, arriesgados viajes por el espacio sideral. Pero así como en Marte se había logrado triunfar en toda la línea, haciéndolo habitable, aunque con ciertas lógicas y naturales limitaciones, en cambio en Venus el fracaso no había podido ser más rotundo.

Sucesivas expediciones terrestres habían desembarcado en el planeta, luchando denodadamente contra su malsano clima, tratando, durante largos años de hacerlo no solamente habitable, sino rentable, tal como ya lo era Marte. Ingentes sumas de dinero habían sido enterradas en aquel globo perennemente cubierto de nubes, las cuales vomitaban su carga líquida durante más de once meses al cabo del año — medida de tiempo terrestre—, convirtiendo la zona que hubiera podido ser habitada en un colosal pantano de incalculable extensión, contra el cual no había modo de luchar en manera alguna ni manera de aprovecharlo.

Fel sabía todo esto, y también sabía que las primeras expediciones habían construido refugios contra la lluvia, como aquél en que se encontraba, como bases de partida para sus prospecciones encaminadas a investigar las riquezas de los tres reinos de la naturaleza: animal vegetal y mineral. Los refugios habían sido construidos en las zonas polares, de temperaturas soportables, dado que en regiones situadas más abajo, no se podía vivir de ninguna manera, pues al aumentar el calor y continuar lloviendo, el agua caía del cielo hirviendo literalmente, salvo en zonas relativamente secas, pero de tan poca extensión que no merecía la pena tratar de colonizarlas por el mucho gasto y escaso rendimiento que aquello hubiera supuesto.

En cuanto a los refugios, estaban dotados de energía merced a pilas atómicas de gran estabilidad nuclear, las cuales proporcionaban toda la fuerza necesaria para hacer perfecta la habitabilidad de aquellos refugios. Las pilas atómicas llevaban ya funcionando un par de siglos al menos y, a lo que parecía, podían seguir funcionando otro tanto o más, antes de que fuera necesario reponerles la carga de material prescindible. Todo en el interior de aquellos refugios era automático y, con tal perfección estaba construido, tan excelentes eran sus materiales, que la perenne humedad que allí reinaba no había logrado corroerlos con su maligno óxido: Fel sabía, pues, que había llegado a un lugar desde donde podía mirar el porvenir con cierto optimismo...

a no ser por la enérgica amenaza de que acababa de ser objeto.

La voz volvió a repetir la intimación.

—¡Si se mueve, lo quemaré de un disparo!

El joven permaneció unos momentos irresoluto, dudando sobre la norma de conducta a seguir. En el momento en que acababa de ser amenazado, sus dedos habían soltado ya las hebillas de las correas que le sujetaban la mochila sobre los hombros.

De pronto, aún de rodillas, giró sobre sí mismo, soltando la mochila en la dirección en donde le había llegado la voz, empleando en ello todas sus fuerzas. Después se tiró a un lado.

Un blanco rayo de fuego sólido, de intolerable calor, pasó muy cerca de él, abriendo negro boquete en el suelo. En el mismo momento, Fel oyó un ahogado grito.

El joven no se entretuvo en más averiguaciones. Estaba cansado, pero tenía que defender su pellejo contra el atacante. Distendió los poderosos músculos de sus piernas y se lanzó en «plongeon» contra el desconocido enemigo, atenazándole por la cintura.

Lo derribó al suelo, despojándole de la pistola llameante que resbaló sobre el pulido pavimento del refugio, y luego levantó el puño, dispuesto a machacarle el rostro.

Pero la mano cerrada de Fel no llegó a bajar. Su dueño la detuvo a mitad de camino, totalmente estupefacto, lleno su ánimo de un lógico asombro.

¡Su enemigo era una mujer!

—¡Diablos!—exclamó; después repitió—: ¡Diablos! ¿Quién lo iba a pensar?

Permaneció unos momentos inmóvil, pero no tardó en reaccionar, incorporándose. Luego alargó la mano, ayudando a la desconocida a ponerse en pie.

La mujer era joven, más que él, ya que aparentaba no más de veinticinco años. Alta, esbelta, sus perfectas formas eran resaltadas por la curiosa vestimenta que llevaba, una especie de mono, completamente cerrado, desde el cuello a los tobillos, de color azul oscuro. La desconocida poseía un rostro muy atractivo, enmarcado por una corta cabellera de color pajizo, y en el cual brillaban, audaces e inteligentes, un par de grandes ojos grises, que le miraban con no disimulada hostilidad.

—¡Hum...! —refunfuñó el joven— Dispénseme, señorita... pero al oír que me amenazaban... Bueno, usted se había disfrazado la voz para parecer un hombre y... ¿quién diablos iba a suponerse que se trataba de una mujer tan

hermosa...?

—Déjese de galanterías y váyase de aquí cuanto antes. Demasiado sabe usted que no quiero a nadie aquí, en este refugio.

Fel abrió los ojos, muy asombrado.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo, señorita? No la entiendo.

—No se haga el disimulado —la joven fue hacia donde estaba su pistola y la tomó, encañonándole de nuevo con ella—. Si Logan se ha creído que me voy a dejar embaucar por este nuevo truco, es que no sabe lo que se hace.

—¿Logan? ¿Truco? — Fel empezaba ya a impacientarse—. Por favor, señorita, ¿quiere explicarse de una vez? Ni yo conozco a ese Logan, ni yo he empleado un nuevo truco.

La muchacha movió el arma significativamente.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí!—dijo en voz baja, pero suficientemente inteligible—. Vuélvase con Logan y dígale que la primera vez que vea a uno de sus esbirros, dispararé sin previo aviso.

—¡Caramba! Señorita, es usted una nueva versión del Ángel que se quedó en la puerta del Paraíso al ser expulsados de él Adán y Eva. Sólo que el Ángel llevaba una espada de fuego y usted...

—¡No me interesan las comparaciones bíblicas! Váyase de una vez o, de lo contrario, le daré motivos para arrepentirse de ello. ¿No ha visto nunca a un hombre con el brazo amputado por un disparo de fuego sólido?

Fel torció el gesto.

—No; y no me agradaría que usted hiciera la prueba conmigo, señorita. Mire, si me dejara hablar...

—¡No! ¡Tome su equipo y váyase!

—¿Es que piensa echarme de nuevo a la lluvia? Hace ya más de nueve días que ando por la selva y... ¿No se fija en mi aspecto? ¿Tengo yo cara de ser un compinche de Logan, a quien se lo juro, no he visto en mi vida?

—No me interesan las explicaciones — contestó ella, con los ojos chispeantes de cólera—. O se va o disparo; es mi última palabra.

—¡Caramba con el comité de bienvenida! —masculló el joven, dirigiéndose hacia su mochila, aún caída en el suelo.

Pasó por delante de la muchacha, la cual se echó hacia atrás, levantando el cañón del arma.

Pero no fue lo suficientemente rápida para el gesto de Fel, el cual descargó un terrible golpe con su mano derecha. Sin embargo, no lo hizo de

arriba abajo, sino a la inversa, como si lanzara un gancho contra un adversario en el boxeo. Su mano golpeó la muñeca de la mujer, y la pistola voló por los aires.

Esta vez, Fel fue más rápido, y saltando hacia arriba, tomó el arma antes de que cayera al suelo. Adelantó luego el codo izquierdo y paró el empuje de la joven, clavándole luego el cañón de la pistola en el cuerpo a la altura del estómago. Después, con la mano izquierda, la asió por un brazo, reduciéndola a la impotencia.

—Y ahora — dijo, sonriendo—, mi hermosa gatita me va a aclarar los motivos de esta recepción con salvas de artillería, En primer lugar, ¿quién es usted y qué hace aquí?

Ella echó hacia atrás su hermosa cabeza, desafiándolo con la mirada.

—Demasiado lo sabe usted, esbirro — dijo orgullosamente.

El joven empezó a cansarse.

—Mire usted, señorita; esto pasa ya de la raya. Me llamo Felipe Lomas, más conocido entre los amigos, muy pocos, no se vaya a creer, por Fel. Pertenecía hace nueve días a la dotación del «Temístocles», un carguero sideral; su capitán juzgó innecesaria mi presencia a bordo y me expulsó de él, largándome aquí a este maldito planeta lleno de nubes y agua. No niego que, según como se mire, pueda parecer un indeseable; pero de ahí a pertenecer a ese «gang» de Logan, que usted ha mencionado, hay un abismo. Y ahora, tome usted y pártame en dos con su pistola o de lo contrario...

El joven tomó el arma por el cañón devolviéndosela. Luego la miró al fondo de los ojos y sonrió a través de la barba que ya le había crecido en abundancia.

—...o de lo contrario — concluyó—, me iré a buscar por aquí un sitio en donde secarme y cambiarme de ropa.

La expresión de la joven cambió de medio a medio al sentir de nuevo el contacto de la pistola en su mano. Fel, sin mirarla, le volvió la espalda y se adentró en el refugio.

El lugar en que se hallaba formaba como una especie de vestíbulo, separado del piso superior por una ancha escalera metálica, brillantemente pintada. En el muro inferior había una puerta que se había sellado doscientos años antes y que tardaría en abrirse otro tanto al menos: era la que conducía al infierno nuclear que proveía de fuerza, luz y calor al refugio.

Fel trepó por las escaleras, ganando el piso superior. Había oído hablar de aquellos refugios y sabía, poco más o menos, la forma en que estaban construidos. Así, pues, no le fue difícil hallar el pañol de repuestos, en donde encontró ropa seca y de allí pasó al secador.

Los constructores de aquellos refugios — se dijo—, lo habían hecho a conciencia, sin olvidar el menor detalle. El secador estaba separado del resto del conjunto por un biombo y, en síntesis, era una especie de cuarto de aseo con calefacción por infrarrojos y corrientes de aire caliente, que, en contados segundos, disiparon la humedad que había invadido sus huesos. A Fel le daba mucho asco la sola idea de mojarse nuevamente, pero lo necesitó para quitarse la suciedad que, a pesar de todo, se había instalado en las partes más protegidas de su cuerpo. Una vez seco, y antes de vestirse, halló una máquina de afeitar, con la cual dejó sus mejillas lisas y pulidas, sin la menor señal de vello en ellas. Terminó su aseo y se colocó la prenda que había elegido, un mono muy parecido al de la mujer, de tejido esponjoso y elástico, suave al tacto, y que le reconfortó notablemente la maltratada epidermis.

Al salir del cuarto de aseo se encontró con la muchacha. Le pareció más hermosa que nunca, pero se abstuvo de repetírselo. Buceó de nuevo en el armario de la ropa y encontró un par de cómodos zapatos, del mismo material que el mono, con los cuales calzó sus pies. Al terminar, levantó la vista, dándose cuenta de que ella continuaba mirándole fijamente.

—Venga por aquí — dijo la joven.

Fel la siguió en silencio.

Dos habitaciones más allá, el joven vio una mesa provista de viandas de apetitoso aspecto, así como una humeante cafetera. Al lado de la mesa había un amplio ventanal que daba al acuoso panorama del pantano, pero Fel cortó la visión mediante el expeditivo procedimiento de correr las cortinillas.

—Demasiada agua —dijo como explicación.

Se sentó y empezó a devorar los manjares, sólidos, de magnífico aspecto, no como los que él había llevado en su mochila, a base de polvos y tabletas.

Ella se sentó enfrente, sirviéndose una taza de café. Encendió un cigarrillo, viéndolo comer con gran apetito.

—Hay hambre, ¿eh?

Antes de contestar, Fel persiguió medio huevo con una tostada. Dijo, con la boca llena:

—¿Usted, qué cree? Luego añadió—: ¿De dónde sacó estos manjares, dignos de Lúculo?

—Estaban ahí, en la refrigeradora del edificio. Esos huevos que se está comiendo fueron colocados allí hace doscientos veinte años.

—¿Terrestres o venusianos? — dijo Fel, sin asombrarse.

La muchacha se encogió de hombros, fumando pensativamente.

—Bueno, empiece — murmuró él, sin cesar de comer.

—Me llamo Marie-Chantal de Saint Mérard, señor Lomas. Pero los amigos me llaman simplemente Chantal.

Fel alargó una mano a través de la mesa.

—¿Cómo está, Chantal? Por favor, no me llame señor; me da mucho apuro. Dígame Fel, a secas.

Ella sonrió por primera vez desde que se encontraran. El joven se dio cuenta de que ya no llevaba la pistola encima.

—Encantada, Fel. No me ha preguntado qué hago aquí.

—Supongo que lo mismo que yo, poco más o menos. A mí me expulsaron de un carguero. Ya se lo dije, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué le ocurrió?

—Nada. El capitán Ring juzgó que mis opiniones discrepaban de las suyas y que soliviantaba a la tripulación, induciéndola al motín. Por lo tanto, en uso de sus facultades, me desembarcó aquí, tratando de hacer de mí un nuevo Alejandro Selkirk (1), en lugar de condenarme a muerte. Aún he salido ganando con el cambio, ¿no le parece?

Chantal lo miró atentamente.

—No parece usted de esa clase de gente, Fel — dijo al cabo.

—¿No? Pues al principio, bien se lo creyó usted. ¿O es que los disparos que me soltó fueron una broma?

—Lo siento — dijo ella, aplastando el cigarrillo en un platillo—. Pero creí que pertenecía a la pandilla de Logan.

—¿Y ahora no?

—No... no —repuso ella, tras corta vacilación.

—Está bien. Entonces, ¿quiere explicarme qué hace usted aquí, sola, en este islote perdido en el pantano?

Chantal apoyó sus codos sobre la mesa, entrelazando las manos.

—Logan es el jefe de una cuadrilla de criminales, a los cuales yo contraté creyéndolos personas honradas.

—¿Para qué?

—Aquí, en Venus, hay mercurio. Puro, en estado nativo, en gran abundancia. Conozco el emplazamiento de una mina, donde, literalmente, no hay más que hacer un orificio en sus muros, para que el metal brote en estado líquido, como una fuente de agua, y cuya pureza es absoluta.

—¡Ajá! —gruñó Fel, bebiendo un buen trago de café.

—Naturalmente, la explotación de esa mina sería rentable si, a pesar de todo, pudiera construirse un buen astropuerto, en el que las naves pudieran aterrizar con toda seguridad.

—Pero el transporte encarecería el precio, Chantal.

—No, cuando se hiciese de modo regular. Las prospecciones hechas indican que la mina es inagotable, y su valor no puede calcularse.

—Ya. Y usted trató de organizar la explotación...

—Y Logan se me sublevó, tratando de quedarse él solo con todos los beneficios.

—Muy bien. Pero, ¿qué es lo que le impide empezar a trabajar la mina?

—Conocer su emplazamiento, Fel.

El joven parpadeó, asintiendo.

—Eso quiere decir que nadie más que usted sabe donde está.

—Exacto. Yo conozco el lugar exacto donde se encuentra la mina y esperaba, con este viaje, poder tomar unas cuantas muestras, para convencer a un poderoso grupo de hombres de negocios para que financiasen el comienzo de las operaciones, las cuales no se pueden iniciar sin el establecimiento de un astropuerto.

—Pero todos los esfuerzos hechos en tal sentido han fracasado hasta ahora. Y además...

—Además, ¿qué, Fel?

—Están Almadén y el gobierno español.

Ella sonrió, con aire de superioridad.

—Almadén da ya signos de debilidad. Todavía es el mayor centro de producción de mercurio terrestre, pero está acusando ya principios de agotamiento y, tarde o temprano, el mercurio desaparecerá de aquellas minas.

—¡Hum! —dijo Fel, no muy convencido de ello—. ¿Y usted quiere aprovecharse de la situación, eh? Compensar una futura escasez de mercurio en la Tierra con la explotación de estas minas.

—Ciertamente. Y el plan no es tan descabellado. Como le digo, no hay más que golpear con un pico las paredes y poner debajo un recipiente para que se llene.

—Pero el mercurio es el mineral más pesado que se conoce. Un metro cúbico de agua pesa una tonelada. Un metro cúbico de mercurio pesará, en igualdad de condiciones, trece y media. ¿Sabe el lastre que esto representa en la carga de la astronave?—

—Lo sé. Todo está perfectamente calculado, Fel.

—¿Por quién?

—Por... mi padre.

El joven se revolvió en su asiento.

—¿Su padre? ¿Y dónde está?

Los ojos de Chantal se llenaron repentinamente de lágrimas.

—Murió... asesinado por Logan y los suyos.

Fel había tomado un cigarrillo y se lo había puesto en la boca. Pero la cerilla le quemó los dedos, consumiéndose sin que él se diera cuenta.

Hubo una pausa de intenso silencio, durante la cual se oyó únicamente el eterno rumor de la lluvia.

CAPÍTULO III



L chasquido de la segunda cerilla al encenderse sobresaltó a la joven. Trató de sonreír.

—Perdóneme, Fel. Pero no lo pude evitar.

—No se preocupe — sonrió él—. Es lógico en un caso así. Siento de veras lo que le ha ocurrido. Tome — dijo — alargándole su propio cigarrillo recién encendido—; esto le hará bien.

La muchacha asintió, aspirando hondamente el humo, y en efecto, pareció tranquilizar su respiración que por unos momentos se había alterado.

—Cuando llegamos aquí, Logan, astrogador jefe de nuestra nave, se quitó la máscara, mostrándose tal cual es: avaro, codicioso, cruel y sin escrúpulos de ninguna clase. No solamente asesinó a mi padre, sino que hizo desaparecer a todo tripulante que no estaba de acuerdo con él y sus planes. Y así murieron Bernardin de Caudron, geólogo; Pierre Badineaux, ingeniero de minas; Dino Degotti, segundo astrogador, y tres o cuatro tripulantes más.

—Vamos, un pirata de los tiempos modernos —comentó Fel, aspirando el humo de su pitillo.

—Ni más ni menos. El resto se unió a él. Unos, los más, por codicia; los otros, dos o tres, por miedo y porque, en el fondo, vieron que podrían sacar una buena tajada del asunto.

—Pero la noticia de los asesinatos puede llegar a las autoridades terrestres y...

—Si me apresa a mí; si se hace con el plano del emplazamiento de la mina; si me hace luego desaparecer, ¿quién podrá probárselo? ¿Quién, siquiera, se atreverá a acusarle? Por el contrario, ante la noticia de tan sensacional descubrimiento, los muertos pasarán a segundo plano, y su desaparición será una cosa lógica, contando con el lugar en que nos hallamos.

—Ese Logan me parece muy astuto.

—Infernalmente astuto, Fel; y además hombre dotado de una voluntad de hierro y de un carácter en el cual campea, avaricia aparte, la crueldad sobre todo otro sentimiento. Piense que el dueño de esta mina adquirirá una riqueza como pocas veces ha tenido jamás hombre alguno en la Tierra.

El joven asintió.

—Lo que no acabo de entender— dijo—, es cómo piensa usted organizar el transporte. El mercurio pesa mucho, aunque no ocupe gran volumen, y constituirá un lastre fenomenal...

—Mi padre lo tenía todo ampliamente estudiado —dijo ella con viveza—. Las naves que transporten el material irán completamente vacías de otra cosa que no sean los recipientes donde esté contenido y, naturalmente, sus motores. Irán guiadas por medio de ondas de radio y así, el peso de la tripulación y víveres, siempre respetable, será sustituido por más carga de mineral. Además, se organizarán convoyes de media docena de aparatos cada uno, los cuales, en cada viaje, podrán llevar hasta tres millares de toneladas de mercurio. Acaso no se realicen más de un par de viajes al año, pero los beneficios rebasarán ampliamente el costo de la operación.

Fel soltó un largo silbido.

—¡Naves automáticas! Claro que es una buena solución, pero... ¿ha pensado usted en que esas naves despertarán codicias y apetitos sin fin?

Chantal sonrió con aire de superioridad.

—Mi padre tenía un cerebro privilegiado, Fel, y había pensado en todo. Junto con cada convoy irán un par de naves de escolta, de pequeño tamaño, pero de gran velocidad y fáciles de maniobrar, poderosamente artilladas, de modo que quiten las ganas de meterse con nosotros a todo aquél que haya pensado en apoderarse del fruto de nuestro trabajo con un mínimo esfuerzo y artes ilegales.

—Me parece una buena idea. Y aquí, ¿cómo piensan desarrollar la explotación?

—Habrá más gente en el astropuerto que en la mina. Aquí no son necesarios más que unos cuantos hombres con un pico y un cubo cada uno, como quien dice. Buenas viviendas, sueldos elevados y contratos cortos; he aquí la base de nuestro sistema de explotación, además de un lógico porcentaje en los beneficios.

Fel aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—En resumen, que han pensado en todos los detalles, ¿no es así?

—¿Acaso no lo hace usted cuando acomete una empresa?

El joven se echó a reír.

—Todavía tengo que empezar yo algo que se parezca a lo que acaba de decir, Chantal. Bueno, y hablando de otra cosa, ¿cuántos hombres le quedan a Logan?

La muchacha reflexionó.

—Están Wilcox, Webb, Coliphan, Dumont, un congolés llamado M'Tongo, Olivares, Scheufele... y acaso dos o tres más, no recuerdo exactamente sus nombres.

Fel calculó.

—Unos diez, en total.

—Así es — afirmó la muchacha.

—Y... ¿y cómo es que no están aquí?

Chantal sonrió.

—Viven en otro refugio idéntico a éste, situado a... no sé, exactamente, pues aquí no se pueden calcular muy bien las distancias. Digamos dos días a pie.

—¿De qué manera se las arregló para vivir sola aquí?

—Su refugio — contestó Chantal—, tiene estropeada, o consumida su carga nuclear, vaya usted a saber, la planta de fuerza. Carecen, naturalmente, de las comodidades que tengo yo, aunque no de víveres, pero también es lógico que éstos se les concluyan un día u otro. Hay que tener en cuenta que son diez bocas y aquí una sola. Bueno sonrió ella forzadamente—, ahora dos.

—¿Y no cazan?

—La caza venusina es el último recurso, y solamente se utiliza cuando no hay otra cosa que comer. Por otra parte, ellos agotaron en pocos días su provisión de licores, en tanto que la mía está prácticamente intacta.

—Vamos, que con tanta agua tienen los gaznates secos — sonrió Fel.

—Cierto. Y han venido aquí en más de una ocasión, pero siempre les hice huir.

—¿Cómo se las arregló? Oh, no lo digo por la pistola, sino por la forma de advertirlos.

—Instalé un termostato ultrasensible, el cual me avisa a la menor variación de temperatura debida a agentes extraños a la atmósfera de Venus. A medida que se aproxima un cuerpo humano, la aguja del termostato se acerca al punto de alarma, y cuando alguien está muy próximo al refugio, entonces un timbre me avisa, despertándome si estoy dormida. Hasta ahora no me ha fallado.

—Por eso supo que venía y se escondió para aguardarme.

Chantal afirmó con la cabeza.

—Sí. Creí una vez más que sería uno de los esbirros que Logan envía con frecuencia para tratar de convencerme. Él no se atreve a presentarse ante mi

vista, sabiendo que dispararé contra él sin previo aviso, como venganza por la muerte de mi padre y de los otros. Ellos no pueden hacer nada contra mí, por dos razones.

—Una de ellas es el emplazamiento de la mina dijo Fel—. ¿Y la otra?

La muchacha se echó a reír.

Fel la miró muy extrañado, en tanto Chantal se sacaba del cuello una cadenita de la que pendía una diminuta llave.

—Parece mentira que pequeñas causas den lugar a grandes defectos. A pesar de todo nuestro progreso, una enorme astronave, capaz de ir y venir a su antojo por todo el Sistema Solar, está inmovilizada, sólo porque yo tengo esta llave, que cierra los circuitos de encendido, y sin la cual, el aparato no es más que un montón de chatarra.

El joven la miró con admiración. Ella continuó:

—Logan y su pandilla están allí, inmovilizados en su frío refugio... Bueno, eso de frío es un decir; usted ya me comprende. Pero, cómo tienen la planta de fuerza averiada, no funciona el deshidratador y viven en una atmósfera de perpetua humedad. No hay manera de encender fuego con la vegetación venusina; tienen que comerse los alimentos sin condimentar; carecen, por tanto, de café; creo que el tabaco se les agotó y...

—Sin un mal trago con el que calentarse el buche, ¿eh?

Chantal sonrió, satisfecha de sí misma.

—Usted lo ha dicho, Fel. Sí, allí están la mar de divertidos.

—Y usted trata de rendirlos por aburrimiento, ¿no es así?

Las cejas de la muchacha se acercaron la una a la otra al endurecer repentinamente su gesto.

—O de inanición, me es lo mismo, Fel.

—¿Y no teme usted que un día, exasperados, furiosos, se lancen a un ataque definitivo, sin importarles las pérdidas? La codicia del oro es muy mala consejera, pero no olvidemos que el hambre es aún peor.

—No se atreverán — dijo ella orgullosamente.

Fel meneó la cabeza.

—No se confíe usted mucho, Chantal. En cualquier momento, esos tipos pueden darle un disgusto. Acaso lleguen a renunciar a su tesoro, pero a lo que nunca renunciarán es a quedarse aquí eternamente.

—Saben que, si caen presos, se les juzgará como culpables de motín y asesinato.

—Entonces no mirarán tal cosa, sino únicamente pensarán en salir de aquí por todos los medios posibles.

La muchacha tomó la llavecita, aún pendiente de la cadena.

—Si disparan contra mí, se quedarán sin esto —dijo—, porque la descarga, y usted lo sabe bien, fundirla con toda facilidad un trocito tan pequeño de metal. Y, ¿de qué les serviría entonces la astronave?

—Por si acaso, tenga siempre los ojos bien abiertos, Chantal; es algo que le recomiendo muy particularmente. Si esos tipos son, en realidad, como usted me ha contado, deben de ser más venenosos que una serpiente de anteojos.

—Hay un animal que la derrota fácilmente —adujo ella.

—Sí; la mangosta. Pero, en su caso, no haga mucho caso de comparaciones zoológicas. Bueno, y ahora, con su permiso, estoy recordando que llevo nueve días terrestres sin apenas pegar los ojos.

—Aquí al lado tiene una habitación donde podrá usted descansar a su entera comodidad— sonrió ella—. Mientras, yo vigilaré.

—Muy considerada —dijo él, levantándose.

En la estancia que Chantal le había señalado, se desnudó, acostándose sobre el blando lecho de espuma anatómico, que se adaptaba fácilmente a los menores recovecos de su cuerpo. Se cubrió con una simple sábana y, en tanto aspiraba el humo del postrer cigarrillo, trató de recapacitar sobre los detalles de la conversación sostenida con la muchacha.

«Por supuesto — se dijo—, la explotación de la mina de mercurio venusina rendiría grandes beneficios, puesto que, haciendo únicamente los dos viajes anuales que Chantal había pronosticado, igualarían, si no rebasaban, la producción terrestre de dicho metal. Tan sólo en el primer viaje obtendrían algo más que la producción anual de Almadén, cuya media rebasaba bastante los dos millones y medio de toneladas, siendo el mayor centro terrestre de obtención de dicho metal. Italia, aun siendo muy importante, no podía compararse con España en tal sentido, y las demás naciones del globo les iban muy a la zaga en tal sentido. Y si ahora, como había dicho Chantal, Almadén empezaba a flaquear... (2) Bueno, había que tener en cuenta que estaban en el siglo XXII y que aún penaba el pueblo judío bajo la bota del Faraón, antes de marchar a la Tierra de Promisión, cuando ya Almadén era célebre, y explotado, entre los pueblos de la antigüedad, de los cuales el romano, cuando le llegó su turno, no fue el que menos tajada sacó del asunto. Sí, suspiró Fel, un tema muy interesante y capaz de apasionar a cualquiera. Y de proporcionarle buenos, excelentísimos dividendos, si conseguía llevarse a la práctica. Pero para ello, lo primero que tendrían que hacer sería... buaaahhh... vencer el clima... y luego... buaaah... una red de astro... na... ves...

El sueño, reparador, asaltó a Fel, antes de que pudiera terminar su mudo

autocoloquio. Ni siquiera se dio cuenta de cuándo había cerrado los párpados; tal era el cansancio que mostraba su cuerpo.

Por lo tanto, tampoco pudo advertir que Chantal penetraba silenciosamente en el dormitorio y que, después de apagar cuidadosamente la colilla que a él se le había caído de la mano al suelo, lo miraba durante un buen rato, con una singular expresión retratada en su atractivo rostro, como si quisiera adivinar la clase de persona que era el inesperado huésped que la muchacha acababa de recibir. Al cabo de un rato, Chantal suspiró y, siempre en silencio, se alejó de la estancia, cerrando cuidadosamente la puerta.

Más que el descanso, fueron los pinchazos de su estómago los que despertaron al joven. Fel se sintió completamente nuevo, y, tras un somero tocado en el cuarto de aseo, buscó a Chantal, saludándola, tras de lo cual preguntó:

—¿Le importaría mucho que hiciera una «razzia» en busca de algo que comer?

Ella sonrió agradablemente al tiempo de contestar:

—Está en su casa, Fel — dijo, y se abstrajo de nuevo en la lectura del estéreo-libro que tenía sobre las rodillas—. ¡La despensa está al final!—le gritó, dándose cuenta de sus vacilaciones.

Fel silbó admirado al ver la enorme puerta del almacén de víveres. Éste se componía de dos partes: una, la de uso inmediato, con temperaturas que variaban entre los 0º y los —5º, teniendo a la mano cuantos alimentos pudiera apetecer el más exigente. Detrás de esta primera etapa, y separada por una gruesa pared de vidrio, dividido en segmentos, había otro refrigerador, cuyo termómetro indicaba temperaturas de —50°, el cual estaba destinado a la conservación de los alimentos por tiempo indefinido, fuese un mes o un siglo. Fel apreció, a simple vista, que allí tenían provisiones para dos personas durante al menos tres o cuatro años, sin privarse de nada.

La bodega estaba situada en un rincón de la primera etapa del refrigerador y también se hallaba abundantemente provista de toda clase de vinos y licores, así como grandes cantidades de cajas de cigarrillos. Era indudable que los que construyeron aquellos refugios lo habían hecho a conciencia, con el fin de no tener que depender de la Tierra en un largo espacio de tiempo, lo cual, en aquellos momentos, le venía al joven de perilla.

Fel alargó la mano hacia uno de los estantes, atrayendo hacia sí un suculento bote de fruta en almíbar que le había cosquilleado las pupilas. Era el único ejemplar de su estante, y apenas lo hubo tomado Fel, otro bote surgió del refrigerador interior, ocupando el sitio del anterior, de modo completamente automático.

—¡Hombre! —dijo Fel—. Esto está pero que de rechupete.

Tomó un par de huevos, varias lonchas de jamón, unas cuantas tostadas, un par de botellas de cerveza y una tableta de cafeína, y se encaminó a la cocinilla adyacente, a base de infrarrojos, en donde, en pocos momentos se preparó un suculento almuerzo, que devoró en un santiamén. Con el último sorbo de café, encendió un «Luck Venus», y con él en la boca se encaminó hacia donde estaba la muchacha.

Chantal plegó el libro al verlo llegar.

—¿Qué tal ahora, Fel? — inquirió sonriente.

—Magnífico. Me siento como nuevo, capaz de emprender las mayores empresas, Incluso la de arrollar a Logan y los suyos y llegar hasta la nave.

—Hay un pequeño detalle que lo impide — observó ella pensativamente —, y es que la «Coronado» se encuentra al otro lado del refugio de Logan.

—¿Y no se puede llegar dando un rodeo?

—Sería demasiado largo y expuesto. El camino de aquí al refugio de Logan es relativamente sólido, como todos los que unen a los refugios, claro está. En cambio, dando un rodeo, nos expondríamos a perecer ahogados en la ciénaga... y yo carezco de ninguna clase de vehículo que no sean mis propias piernas.

—¿Y por qué fueron a aterrizar en aquel lugar? — gruñó Fel.

—Porque es de los pocos sitios sólidos donde una nave espacial puede tomar tierra sin hundir los chorros en el fango.

Fel asintió, moviendo la cabeza.

—Entiendo — dijo—. De todas formas, si pudiéramos llegar allá...

—Tampoco nos serviría de gran cosa: yo no sé pilotar una nave de gran tamaño como es la «Coronado». ¿Y usted?

Fel se echó a reír.

—En todas las historias que he leído —dijo—, el héroe suele ser un tipo que se las sabe todas. Lo mismo maneja un crucero pesado, que desintegra un átomo de uranio sin otros materiales que sus manos y un destornillador. Francamente, lo único que sé yo es tripular un bote volador como el que me trajo aquí... y pare usted de contar. ¿No dice usted que Logan es astrogador?

Ella asintió con leve parpadeo.

—Sí; y de ello se aprovecha. Confieso que, haciendo un esfuerzo, acaso pudiera yo conseguir levantar la «Coronado» hasta el espacio circundante, siempre, naturalmente, que lográramos forzar la vigilancia de Logan. Pero una vez arriba, no sabría establecer la órbita de regreso a nuestro planeta.

Fel se mordió los labios, decepcionado y descorazonado.

—De modo que no nos queda otro remedio que aguardar, ¿eh?

—Sí. Y cuando se aburra, ahí tiene libros suficientes, Fel —dijo Chantal, indicándole una amplia estantería repleta de volúmenes.

El joven calculó en un par de miles los ejemplares de toda clase que allí había.

—Estos tipos hicieron bien las cosas — murmuró.

De pronto se fijó en un detalle: Chantal tenía la pistola sobre el regazo, sosteniéndola con la mano derecha. No le apuntaba a él, pero...

—No se fía de mí, ¿eh?—dijo, procurando ocultar la decepción que el hecho le había causado.

Ella se turbó.

—Lo siento, Fel... pero quisiera que tratara de comprenderme. Ya no se trata solamente de mi, digamos tesoro, sino de mi propia vida. Y Logan aguarda únicamente el momento propicio para apoderarse de los planos y luego...

—Comprendo — asintió él—. En el momento en que ese pirata consiga lo que tanto desea, su vida no valdrá un céntimo. Está bien; no le reprocho su desconfianza hacia mí, Chantal. Acaso en su lugar yo haría lo mismo.

La muchacha no contestó. Fel arrojó el cigarrillo a un cenicero y luego se apoyó sobre la barandilla del primer piso que daba al vestíbulo. El acondicionamiento de aire era perfecto, y los 40° del exterior quedaban reducidos allí a unos cómodos 25°, con el grado justo de humedad, la cual no pedía penetrar a través de la puerta abierta, por las barreras que a su paso le oponían las baterías de lámparas a base de rayos infrarrojos.

A través de la puerta, Fel contempló el sucio panorama del exterior: agua, agua y más agua, desplomándose en una continua catarata desde el gríseo cielo, sin solución de continuidad, con un sordo rumor que llegaba a exasperar en su sincrónica monotonía.

Permaneció unos momentos en tal posición y luego se irguió, dispuesto a buscar un libro con el cual entretener el forzado ocio que se veía obligado a «disfrutar». Pero, en aquel momento, un oculto zumbador sonó suavemente, al mismo tiempo que una lucecita roja parpadeaba insistentemente sobre el dintel de la puerta de entrada al refugio.

CAPÍTULO IV



HANTAL saltó de su asiento y, pistola en mano, descendió velozmente las escaleras. Tan rápido había sido su gesto, que Fel no pudo hacer otra cosa que seguirla, saltando de cuatro en cuatro los peldaños, hasta llegar a la puerta.

—¿Viene alguien? — Inquirió.

—Eso indica el detector termostático.

—¿A qué distancia alcanza?

—Más o menos, unos quinientos metros.

Fel hizo un rápido cálculo. El hombre que se acercaba, o los hombres, tardarían aún unos diez minutos. Y todavía era demasiado pronto para vérseles a través de la espesa cortina de lluvia que cortaba el alcance de la visión a menos de cincuenta metros, sumiendo todo en una especie de telón de fondo de un desagradable color gris verdoso.

—Vaya un clima — refunfuñó para sí—. No me quedaría aquí aunque...

De pronto notó que le faltaba algo.

—Suponía — dijo aceradamente—, que usted me despojaría de mi pistola, Chantal; pero ha llevado su desconfianza hasta el extremo de quitarme mi cuchillo.

—Lo hice mientras dormía — dijo ella sin mirarle—. Hubiera podido degollarle sin que usted se enterase.

—¿Y por qué no lo hizo? ¿Acaso algún escondido resto del sentido maternal que poseen todas las mujeres?

Chantal se sonrojó, pero no dijo nada. Continuó alargando el cuello, escrutando con la vista cuanto había más allá de la puerta, y Fel se dijo que su perfil tenía una encantadora pureza de líneas. «Pero su cerebro está asentado sólidamente», añadió con el pensamiento, «lo cual la hace doblemente hermosa».

Guardaron silencio los dos hasta que, de pronto, una obscura silueta apareció entre la líquida neblina. El hombre avanzaba muy lentamente, con gran dificultad, debido a la blandura del pavimento y parecía venir cargado con algo que pesaba mucho.

Cuando estuvo a una distancia suficiente, Fel preguntó:

—¿Logan?

—No. Es Coliphan, su segundo. Un tipo que fue astrogador de primera, pero que luego perdió la patente por haber errado una órbita a consecuencia de haber confundido la fórmula del alcohol con la de una ecuación integral de segundo grado.

Fel comprendió.

—Dipsómano, ¿eh?

Chantal asintió y luego levantó la pistola y la voz:

—¡Eh, usted, Coliphan! Párese. No se mueva o haré fuego.

El hombre se detuvo a veinte metros. Su voz llegaba curiosamente deformada a causa de la cortina de agua que tenía que atravesar.

—¡Vengo en son de paz, señorita! No dispare; tengo que hacerle unas proposiciones.

—No escucharé nada que no sea una rendición incondicional, Coliphan. Vaya y dígaselo así a esa bestia salvaje de su jefe.

—¡Logan lo sabe, señorita de Saint Mérard! Vengo a rendirme en su nombre.

—Vuélvase, Coliphan, o dispararé.

—¡Escuche, señorita! Óigame antes de hacer nada. ¿No ve lo que traigo en este saco?

Chantal dudó. Miró rápidamente a Fel, pero el joven se encogió de hombros. «La solución es tuya, guapa», dijo él para sus adentros.

—¡Está bien, Coliphan!—contestó ella—. Acérquese, pero sepa que a la menor señal sospechosa, lo convertiré en polvo.

—¡Okey, señorita! —gritó el tipo, evidentemente satisfecho—. Voy para allá.

Coliphan avanzó rápidamente ahora y penetró en el interior de la casa, dejándose caer pesadamente al suelo. Instantáneamente se formó bajo él un charco de agua, del que brotaron espesas nubes de vapor. El saco que llevaba al hombro chocó contra el pavimento con metálico ruido.

—¡Uf! —jadeó el hombre—. Qué cansado estoy... Dos días caminando casi sin detenerme... Creí que nunca iba a llegar, señorita.

—Mejor hubiera sido, Coliphan — dijo ella, aún con el ceño arrugado—. ¿Qué es lo que trae en ese saco?

—La prueba de que Logan se entrega, señorita. Ahí tiene todas nuestras

armas.

Chantal respingó.

—¿Es cierto eso que me dice?

—Véalo por usted misma, señorita y... Oiga, ¿quién es este tipo?

—Me llamo Fel Lomas, amigo — dijo el aludido, contemplando el sucio rostro, barbudo y lleno de arrugas causadas por la constante humedad, del forajido.

—¿De dónde ha salido, Lomas?

—Me trajo Papá Noel, Coliphan — repuso Fel, provocando una débil sonrisa en Chantal.

Ésta dijo:

—Fel, vea si este granuja no mintió.

El joven hizo ademán de inclinarse, pero de pronto interrumpió la acción.

—¿Ya se fía usted de mí ahora?

—No me queda otro remedio, Fel. Haga lo que le digo; se lo suplico. Mientras tanto, yo vigilaré a Coliphan.

Fel contó las pistolas que habían en el saco, apartándolo luego a un lado.

—Hay doce —dijo—, pero la mayoría de ellas no tienen carga, Chantal.

—Oiga — dijo Coliphan—, ¿hasta cuándo va a durar esto, señorita? Nosotros estamos ya hartos de tanta y tanta agua. ¿No podría...?

—Lo único que cabe hacer es que todos vengan aquí y se entreguen. Logan y todos ustedes han de responder de los crímenes que cometieron.

—Bueno, pero la Tierra está muy lejos — adujo Coliphan.

Ella se encogió de hombros.

—Ya sé — contestó—que Logan es el único hombre capaz de llevar la «Coronado» hasta nuestro planeta, Pero yo puedo resistir aquí varios años, en tanto que ustedes no soportarán ya más allá de dos semanas en las condiciones en que se encuentra su refugio.

—Tiene usted la sartén por el mango, señorita — mascullló Coliphan—. Pero, si volvemos a la Tierra, colgarán a la mayoría de nosotros.

—Es lo menos que se merecen, Coliphan. Y, si no les gusta el programa, sigan allá. Yo esperaré, a que todos ustedes hayan muerto, y entonces podré llegar a la «Coronado». Sé lo suficiente para despegar, y también puedo emitir un S.O.S. Con víveres suficientes, esperaré a que alguna nave se desvíe de su espaciolínea y me recoja.

Coliphan mascculló una imprecación.

—No tenemos escape — gruñó, malcontento—. ¿Es eso lo que he decirle a Logan?

—Letra por letra, punto por punto, y coma por coma — dijo ella, implacable—. Ya no trato de vengar a mi padre, sino de que se haga justicia en todos cuantos murieron por causa de la vesania de Logan y de todos ustedes.

—Está bien — dijo Coliphan—. Veo que no nos queda otro remedio que acceder a lo que usted nos pide. Logan había sugerido, sin embargo, un trato.

—No accedo... — empezó a decir ella.

Fel la interrumpió:

—Espere a ver las condiciones de Logan, Chantal. Acaso pudieran convenirle.

—¿Usted cree? — dijo ella, despreciativa.

—Pudiera ser — exclamó Coliphan con cautela—. Logan la ofrece el regreso a la Tierra, garantizándole solemnemente que no intentará nada contra usted, si consiente en olvidar lo pasado.

—¡Eso es monstruoso! —gritó la muchacha —¡Hay varias vidas...!

—¡Un momento!—terció Fel—. Vayamos por partes. Logan es el único hombre capaz de sacar a la «Coronado» de Venus. Usted, Chantal, en cambio, posee la llave de ignición. Si persiste en su actitud, ¿qué ocurrirá? Logan y los suyos morirán, por supuesto, pero ¿y cuando dentro de dos, tres o cuatro años se hayan acabado los víveres? ¿No se verá obligada a embarcar lo mismo en la nave?

—Fuera, en el espacio, es fácil...

—No tanto como usted cree, Chantal. No hay muchas órbitas de viaje que pasen cerca de Venus. Pueden transcurrir varios meses antes de que algún carguero despistado, o una nave de patrulla cruce el espacio en torno al planeta y para entonces, ¿dónde estará usted?

Pero la actitud de la muchacha seguía siendo irreductible.

—Logan, o me lleva a la Tierra o, de lo contrario, suspendo inmediatamente las negociaciones. Ésta es mi última palabra y no cederé por nada del mundo.

—Pero, compréndalo, niña; desgraciadamente, ni su padre ni sus compañeros pueden volver a la vida y...

—¡No! ¡No! — gritó ella, muy pálida—. Coliphan, váyase de aquí al momento.

—¡Quieta! —gritó Fel—. No tan aprisa. Todavía queda una posibilidad digna de ser considerada.

—No escucharé nada que no sea...

—¡Cállese y déjeme hablar a mí, de una vez! — dijo él, exasperado, con tan fuerte tono, que incluso llegó a amedrentar a la muchacha. Los ojos de Fel brillaron un momento en tanto la miraba, pero luego se volvieron hacia el derrotado forajido—. Coliphan, según tengo entendido, usted fue astrogador en otros tiempos, ¿no es así?

El aludido chasqueó la lengua.

—Y de los buenos, amigo. Sólo que por culpa del maldito alcohol...

—No siga, lo sé. Chantal, ¿qué le parecería sí diéramos esquinazo a Logan y Coliphan nos llevara a la Tierra? ¿Qué intervención tuvo éste en el motín?

—¡Muy poca! —gritó el granuja—. Fue Logan el que lo hizo casi todo. Yo...

—¿Es cierto lo que dice este tipo, Chantal? — Fel miró inquisitivamente a la muchacha.

Chantal vaciló.

—No podría asegurarlo — confesó la muchacha. — Ocurrió todo tan rápido... Sólo recuerdo que vi a Coliphan entre los amotinados, después de los crímenes y...

La voz de la muchacha se estranguló repentinamente en su garganta. Hubo un momento de silencio, muy pronto quebrado por la voz de Coliphan.

—¡No! ¡No fui yo! ¡Si me uní a Logan fue por salvar la vida... como varios de los que allí estaban conmigo! ¡Logan nos puso en el dilema de aliarnos con él o matarnos!

Fel miró a Chantal. Pero Coliphan continuó sin dejarles hablar:

—Haré lo que usted dice, señor Lomas. Iremos a la «Coronado» y les conduciré a la Tierra, sin importarme la condena que pueda recaer sobre mí... Estoy harto de este maldito planeta... Agua, agua, siempre lloviendo, sin que el sol pueda verse ni una sola vez... Quiero comer caliente, aunque sea en la Fortaleza Negra de Plutón y...

La voz de Coliphan se transformó en un patético sollozo. El forajido se derrumbó de nuevo al suelo, encogido, moviéndose espasmódicamente sus hombros. Fel y Chantal lo miraron compasivamente.

Al cabo de unos momentos, Coliphan levantó la vista.

—¿No podrían darme un... un trago? —pidió, con plañidero acento—. No

mucho; lo suficiente para quitarme de los huesos esta maldita humedad...

Fel consultó con los ojos a Chantal. La muchacha asintió con leve parpadeo y el joven se encaminó al armario de los víveres.

Subió por las escaleras, viendo desde arriba que Coliphan se había puesto nuevamente en pie, y que Chantal estaba a unos metros de él, muy serena, sin dejar de encañonarle precavidamente con la pistola de fuego.

Fel abrió la puerta de la despensa y sacó una botella y un vaso. La destapó y entonces sus ojos advirtieron un cuchillo que había sobre uno de los estantes, destinado a usos culinarios, pero que tenía gran parecido con aquel de que Chantal le había despojado. Lo tomó en la mano, sospesándolo pensativamente, y luego, como obedeciendo a una orden del subconsciente, se lo guardó, escondiéndolo en la parte interior de la pernera del pantalón, de modo que el mango descansara en el blando zapato que calzaba. Se incorporó, pero apenas lo había hecho, sonó un grito agudísimo.

El grito procedía de la garganta de la muchacha. Chantal volvió a gritar.

—¡Maldita...!—se oyó tras una interjección de grueso calibre.

Fel no lo dudó más; extrayendo de nuevo el cuchillo del lugar en donde lo había guardado, corrió hacia el vestíbulo.

Al doblar la esquina que daba a la escalera, vio a la muchacha forcejeando desesperadamente con un hombre, Coliphan, el cual trataba de reducirla a la impotencia y apoderarse de su pistola. Pero la visión duró apenas una décima de segundo.

Casi en el mismo instante en que asomaba, una ola de intolerable calor le golpeó en el rostro. Fel supo que alguien había disparado una pistola llameante contra él y, dando un salto prodigioso, rodó sobre sí mismo, esquivando por centímetros la segunda descarga. Se levantó luego con ágil gesto y echó la mano hacia atrás.

Lo hizo por puro instinto, pero el cuchillo voló por los aires, trazando una relampagueante parábola, que concluyó en el ancho tórax de un individuo de colosal estatura y negro de color, que lanzó un gran bramido al sentirse mortalmente herido.

Fel supo al instante que se trataba de M'Tongo, el congolés. Éste vaciló un instante, tratando de levantar la pistola que aún tenía en la mano. Pero las fuerzas le fallaron de repente y se desplomó al suelo, pataleante.

El joven se tiró por las escaleras abajo, dispuesto a ayudar a la muchacha, la cual tenía menos fuerzas que Coliphan, pero poseía sobre éste la ventaja de estar descansada y, sobre todo, bien alimentada. El dipsómano astrogador luchaba con ella, sin conseguir ventaja apreciable, y lanzó un gruñido de cólera al ver aproximarse a Fel a grandes saltos.

Pero, de pronto, hubo un nuevo cambio de decoración: un tercer individuo apareció de repente en la puerta.

La mirada del recién llegado captó al instante lo que sucedía, y también se fijó en el abierto saco de las armas. Voló hacia ellas, tomando una pistola y apuntando a Fel, a quien conceptuó de momento como el elemento más peligroso.

Sin embargo, el joven no se dejó sorprender. No sabía cómo había ocurrido tal cosa, pero aún conservaba la botella de licor en la mano izquierda. La cambió a la derecha, con rapidísimo gesto, y luego la arrojó con todas sus fuerzas contra su nuevo antagonista.

La botella se quebró contra el rostro del forajido con gran estruendo de vidrios rotos. El individuo lanzó un feroz aullido, al mismo tiempo que se llevaba las manos al rostro, soltando la pistola. La sangre y el licor mezclados corrieron entre sus dedos, formando repugnantes arroyos. El hombre dio un par de vueltas sobre sí mismo, y luego se desplomó al suelo, fuera, bajo la lluvia, agitándose convulsivamente.

Fel alcanzó de un salto a Coliphan, tomándolo por un hombro. Lo hizo girar bruscamente, y luego, antes de que recuperara el equilibrio, le disparó el puño con todas sus fuerzas.

El impacto pareció levantar a Coliphan del suelo, arrojándolo después contra el muro más próximo, contra el cual chocó con terrible violencia. Se oyó un siniestro crujido de huesos, y luego la boca del forajido se torció en un horrible gesto, al mismo tiempo que sus ojos volteaban espantosamente dentro de sus órbitas. El lacio cuerpo del hombre cayó despaciosamente a un lado, convertido en cadáver.

Estremecida aún de pavor, Chantal, sin saber lo que se hacía, se abrazó al joven. Fel trató de calmar sus desatados nervios, lográndolo al cabo de unos momentos.

—Oh...—exclamó—. Ha sido tan... tan horrible... Coliphan me distrajo y se arrojó de repente sobre mí, al tiempo que llamaba a gritos a sus cómplices.

—Debieron rodear la casa, en tanto Coliphan parlamentaba con nosotros — dijo Fel, mirando el cadáver del congolés, bajo cuyo negro cuerpo se extendía lentamente una mancha de color escarlata. Tomó por los hombros a la muchacha y la empujó arriba—. Apártese de aquí un momento, Chantal; yo tengo que hacer ahora de basurero.

La muchacha asintió, evitando mirar el cadáver de M'Tongo. Desapareció en el piso superior, y entonces Fel oyó un ruido a sus espaldas.

Se volvió rápidamente, con la pistola en la mano.

El hombre que recibiera el botellazo, se estaba incorporando lentamente,

dejando que la lluvia le lavara la sangre que aún brotaba de las heridas del rostro.

Fel le encañonó con el arma.

—¡Largo de aquí, amigo! —le conminó—. Largo, y dile a tu jefe que en lo sucesivo no admitiremos, por ningún concepto, sus emisarios. Al primero que veamos lo convertiremos en humo, ¿me has entendido?

A pesar de sus heridas, el hombre aún se sintió con ánimos para gallear.

—Volveremos, amigo, y la próxima vez no tendremos piedad; téngalo muy en cuenta.

—Por ahora no estás en condiciones de hacer otra cosa que obedecer. Y, si no te largas antes de un segundo, ni eso podrás hacer. ¡Fuera, cucaracha!

Cuando el hombre, lanzando terribles maldiciones, que no auguraban nada bueno para la pareja, hubo desaparecido tras la espesa cortina de lluvia y Fel estuvo seguro de que no iba a volver, se dedicó a hacer la «limpieza» que había indicado a la joven. El pantano se tragó bien pronto los cadáveres de los forajidos muertos en la lucha, y la lluvia, que continuaba cayendo incesantemente, se encargó de borrar, juntamente con el inexorable crecimiento de la vegetación, las escasas huellas que el joven había dejado de su labor.

CAPÍTULO V



EBES de traerme aquí a Chantal y al hombre que está con ella, ¿me has entendido?

Un movimiento de cabeza, de arriba abajo, fue toda la contestación que Josh Logan, jefe de la cuadrilla de criminales, recibió de aquél a quien se estaba dirigiendo. Volvió a repetir las mismas palabras un par de veces más, y luego lo despidió definitivamente con un:

—Hasta luego. Date prisa y ten en cuenta que si no ejecutas puntualmente cuanto te he dicho, te desollaré vivo.

Un minuto después, Red Wilcox emitía un comentario poco favorable para su jefe.

—¡Lástima de trabajo que te has tomado, Josh!

Ese... imbécil no será capaz de hacer lo que le has dicho.

—¡Tú te callas, Red! — gritó Logan—. Demasiado sé lo que me hago, ¿entiendes? Y si no te gusta...

La mano del forajido se apoyó significativamente en la culata de su pistola. Era la única que les quedaba, y Logan había tenido buen cuidado de al entregar las armas a Coliphan, no quedarse él sin una al menos, y con la carga completa. Esto, además de darle toda la ventaja sobre sus propios compinches, servía a sus planes, ya que calculaba que Chantal y Fel creerían que con toda seguridad, estaba desarmado.

Wilcox se encogió de hombros.

—Bueno, bueno — refunfuñó—; haz lo que quieras. A fin de cuentas, tú eres el jefe, y la idea de enviar a Coliphan, Martins y M'Tongo al refugio fue tuya.

—Entonces no sabía que la chica estuviera acompañada— masculló furioso el bandido—. De lo contrario, mis planes hubieran sido muy otros.

—Sí; y mientras tanto, los demás nos hemos quedado sin un mal palillo de dientes para defendernos. ¿Y estos estúpidos? ¿Qué hicieron al ver aquel tipo?

Martins, el hombre que recibiera el botellazo en pleno rostro, estaba

sentado lánguidamente en un rincón, con el rostro casi completamente vendado, «disfrutando» al pensar en lo que iba a hacer con Fel cuando le pescara por su cuenta.

—Acaso más de lo que hubieras hecho tú, Red — habló a través de los vendajes—. ¡Qué tío! No parecía una persona, sino un ciclón. Apuñaló a M'Tongo desde quince metros de distancia, y luego me tiró a mí la botella a la cara. ¡Cuernos!, si cuando recibí el golpe creí que me habla caído el mundo encima.

Logan comenzó a pasearse, como león enjaulado, por el interior del refugio en que se hallaban. Sin funcionar la planta de fuerza, aquel cubículo les protegía únicamente del agua, pero no de la intensa humedad, que se colaba, insidiosamente, por todos los rincones, empapándoles las ropas, mojándoles la piel y los cabellos y, en suma, haciéndoles la existencia poco menos que insoportable. Fuera, a unos metros de ellos, la lluvia continuaba cayendo con persistente monotonía e igual intensidad que cuando llegaran allí, varios meses antes.

—También fue mala pata — se quejó Logan—, Esa condenada Chantal fue a quedarse con el único refugio habitable de los dos que hay por estos parajes.

—Es cuestión de suerte únicamente —dijo entonces Scheufele, un alemán delgado y nervioso, que había permanecido callado hasta entonces—. Pero si este nuevo truco tuyo no da resultado, Logan, entonces tendremos que pensar algo.

El bandido entrecerró los ojos.

—¿Has dicho «tendremos», Scheufele? ¿Qué es lo que quieres decir con eso?

—Sencillamente, lo que quiero decir, Logan — contestó el alemán, quitando su espalda de la pared—. Que tú eres el hombre que nos has embarcado en esta aventura, prometiéndonos riquezas sin cuento y, ¿qué es lo que hemos sacado después de casi cinco meses de esperar? Un trillón de toneladas de agua y dos muertos. ¿Te conformas tú con esas ganancias?

—Estás discutiendo mi autoridad, Scheufele — dijo Logan, ceñudo.

—Estoy, simplemente, tratando de hacer ver las cosas tal cual son. Logan, hasta ahora te hemos obedecido; pero, si no piensas algo mejor, lamentándolo mucho, habremos de desposeerte de esa jefatura que te arrogaste desde un principio y en la cual no has hecho otra cosa que llevarnos de fracaso en fracaso.

—Scheufele, tú no estás bien de la cabeza.

—Por el contrario, yo creo que las palabras del alemanito son las más

sensatas que he oído desde que desembarqué en este indecente planeta — saltó Ramón Olivares, un español, moreno, cetrino, de vivísimos y centelleantes ojos negros, que parecían arder continuamente dentro de sus órbitas.— Scheufele tiene razón, Logan. Si la embajada de Llirk no te sale bien, puedes ir pensando en tu sustituto.

El rostro de Logan se congestionó.

—¡Os voy a...! —y se echó mano a la pistola.

Pero se detuvo en el acto. Algo siniestramente plateado acababa de brillar en la mano derecha de Olivares, en cuya boca apareció una sardónica sonrisa.

—Anda, Logan — dijo sinuosamente—, saca tu pistola. ¿A qué aguardas?

El bandido se contuvo. Por muy rápido que fuera, su mano aún no había desenfundado la pistola, y la distancia que le separaba del español era de unos pocos metros. El cuchillo volaría por los aires y...

—¿Cuánto crees que tardará Llirk en ir y volver, Logan? — preguntó Olivares.

—Pues... unos dos días; tres como máximo.

—Muy bien — asintió el español—. ¡Setenta y dos horas terrestres, a partir de ahora, es el plazo que tienes como jefe de la cuadrilla. Si para entonces Llirk no ha aparecido, ya puedes ir pensando en la persona que heredará la pistola.

—¿Cómo? — estalló Logan—. ¿Es que también...?

—También — dijo entonces Webb, otro miembro de la banda— Logan; reconócelo. No puede decirse que la fortuna haya acompañado a tu gestión, salvo en el golpe inicial; pero, después, ¿qué ha ocurrido?

Llevamos un montón de tiempo metidos aquí, sin probabilidades de salir. Éste, aquél, yo, todos, tenemos ganas de quitarnos estas ropas empapadas, de beber algo caliente, que no sea esa maldita agua pantanosa; tomar un trago de licor... ¡Diablos!, si parecemos condenados en lugar de...

—No cederé la pistola por nada del mundo — mascculló Logan.

—Te la quitaremos a la fuerza — exclamó Scheufele.

—¡Intentadlo!—le desafió el bandido—. Intentadlo y veréis lo que os pasa.

—Más te pasará a ti—dijo Olivares—. Acaso puedas matar a uno o dos, o aun a tres de nosotros, pero a la larga, acabaremos por liquidarte.

—Sí me matáis, os condenáis a quedaros para siempre en Venus — farfulló Logan, muy fastidiado, pues en su fuero interno reconocía la exactitud de las palabras del español—. Yo soy el único que sabe...

—Lo que sepas tú — le interrumpió afiladamente Wilcox—, nos trae perfectamente sin cuidado. La chica tiene la llave de ignición y, ¿de qué nos sirven tus patentes de astronáutica?

—Aún hay más, Logan — terció Scheufele—: Haríamos más con la chica y la llave que contigo. Mal habría de estar el asunto para que, entre todos, no supiéramos hacer despegar la nave, lanzándola al espacio y largándonos de este cochino pantano... en donde tus huesos se estarían convirtiendo en fango — terminó el alemán, tras subrayar deliberadamente las últimas palabras.

Logan lanzó un suspiro.

—Está bien; reconozco que he fracasado. Puesto que, según vosotros, soy un derrotado, ahí tenéis mi pistola. Que la tome el que se crea con condiciones de ser el jefe. Ya me la devolveréis — añadió con lo que él creyó elegante negligencia—, dentro de cuarenta y ocho horas, cuando Llirk haya regresado con Chantal y el tipo que la acompaña.

* * *

El tipo que acompañaba a Chantal terminó de preparar la comida y, poniendo los platos sobre una bandeja, la tomó, dirigiéndose al comedorcito.

—La mesa está servida, señora — dijo chanceramente—. Hace un día estupendo, ha salido el sol, y el palafrenero la aguarda a la puerta con su corcel favorito para dar un paseo por el Bois. Comerá en casa del duque de Chérabon; después asistirá a la presentación de la colección de verano de Dior VII; a las seis, «coctail» en casa de Jean Valleret, último premio Goncourt; cena con el pintor Gutiérrez Balses; luego, en la Ópera, el «ballet» ruso de Gorowine y, por último...

Fel se interrumpió repentinamente, dejando la bandeja sobre la mesa, al ver que la muchacha, en lugar de sonreír con sus bromas, apoyaba los codos sobre el mantel y se echaba a llorar.

—¡Muchacha!—exclamó asombrado—. ¿Qué le ocurre? ¿A qué viene esta llantina ahora?

—¡No lo puedo soportar, Fel, no lo puedo soportar! — gimió ella—. Es demasiado para mí. Agua, agua, siempre lloviendo... y sin probabilidades de salir de aquí... Fel, yo quiero irme de Venus. ¡Quiero irme!

—¡Toma! — exclamó el joven—, y yo también. Seria de necios pretender seguir en un sitio que nada bueno puede traernos...; pero, francamente, no veo por ahora el medio.

—Sí, hay uno — dijo ella, limpiándose con rabia las lágrimas—: la «Coronado».

—Sin astrogador, nos sirve tanto como a un labriego una escafandra autónoma. ¿Cómo nos las vamos a arreglar...?

¡Ella se levantó de repente, asiéndole por los hombros.

—Fel, vayámonos de aquí.

—Pero es que no podemos, niña. ¿O acaso tiene usted ganas de suicidarse?

—¡Estoy harta de permanecer aquí sin ningún objeto, Fel! Quiero volver, sea como sea, a la Tierra. Una vez allí...

—¿Y el pantano? ¿Ha pensado usted siquiera en el medio que vamos a utilizar para atravesarlo? Porque no soñará con seguir el camino recto que pasa por el otro refugio, ¿verdad?

—Aquí hay materiales de sobra para construir algún artefacto que nos impida hundirnos. Unos zancos, unas raquetas... Cualquier cosa, con tal de marchamos de aquí y huir de este lugar que crispa y consume los nervios. Fel, dígame que lo intentará, por lo que más quiera...

El joven vaciló, rascándose la cabeza.

—Bueno, pero yo...

No pudo continuar; el zumbido de la alarma le interrumpió súbitamente.

—¡Alguien se acerca! —gritó.

Y dejando a la muchacha tomó la pistola que tenía al alcance de la mano y echó a correr hacia el vestíbulo. Chantal le siguió casi en el acto.

Los dos permanecieron en la puerta, oteando el terreno, hasta que, de pronto, una sombra difusa, que poco a poco iba precisando sus contornos, apareció entre la chorreante neblina.

—¡Dios santo! — murmuró Fel, atónito, sin dar crédito a lo que veían sus ojos—. Chantal, pellízqueme bien fuerte; sin duda debo de estar aún dormido y eso que veo es un mal sueño.

Aquel ser se acercó al edificio, surgiendo literalmente del fangoso pantano y recorrió los últimos metros en un ridículo galope que lo llevó, en cuatro patadas, al interior del edificio. Fel y Chantal hubieron de echarse a un lado para no ser arrollados por la inmensa mole de aquella bestia de pavoroso aspecto que, una vez en el seco interior del refugio, sacudió el agua que llevaba sobre la piel, de idéntica manera a como lo hubiera podido hacer un perrito juguetón.

Fel contempló absorto aquel animal, de la corpulencia de un hipopótamo, pero un par de metros más largo, dotado de tres pares de patas, las cuales estaban rematadas en una especie de mano plana y gruesa, y cuyos dedos

estaban unidos por una membrana interdigital a la manera de un ave palmípeda. La piel parecía muy espesa y cubierta de numerosos vellos de color gris, largos y muy suaves al tacto. Tendría dos metros de altura al menos y su enorme cabezota se balanceaba al extremo de un corto y ancho cuello, brillando en ella cuatro pupilas de color verde y estúpida expresión.

—¡Mi tía!—exclamó Fel—. ¿De dónde ha salido este bicho? ¿Muerde, Chantal?

Pero la muchacha no pudo contestarle. En su lugar lo hizo aquel ser, el cual abrió la boca... *y habló*.

—No bicho —dijo, con una vocecita muy fina, articulando trabajosamente las sílabas—. Llirk no bicho... Llirk no muerde...

El joven estuvo a punto de caerse de espaldas al oír hablar a aquel animal. Se tambaleó y dio media vuelta.

—¡Eh! ¿Dónde va usted? — dijo Chantal, muy intrigada.

—A... arriba... a la bodega... Esto no se puede pasar sin un buen trago.

—Vuelva aquí — le ordenó ella, impaciente—. ¿Es la primera vez que ve un animal de éstos?

—No animal... Llirk persona...

Fel se pasó una mano por el rostro. Luego sacudió enérgicamente la cabeza.

—¿Lo ve usted, Chantal? Eso no es un animal, sino una persona, según confesión propia. Y, como acabo de conocerle, voy a celebrarlo, como cada vez que adquiero una nueva relación.

—No sea tonto — dijo Chantal, impaciente—. Llirk es uno de los seres que pueblan Venus. Son de una escala inferior, pero con cierta inteligencia y una disposición en su laringe que les permite articular algunas palabras, pocas, pero suficientes para hacerse entender.

—¡Je!—rio Fel sin entusiasmo—. ¡Una persona... con cuatro ojos y seis patas...! El agua se me ha metido bajo los sesos...

—Yo sesos... Yo, Llirk, pensar.

—¡Basta! —gritó el joven—. O me tomo el trago, o me tiro de cabeza al pantano. Pero, si sigo así, me volveré loco... ¡Oiga!—extendió de pronto su índice acusador hacia la muchacha—, ¿Ha estudiado usted ventriloquía, Chantal?

Ella se echó a reír, denegando con la cabeza, al mismo tiempo que con una mano acariciaba el cuello de la bestia.

—No — respondió—; es Llirk. Llirk vive aquí y, como puede ver, está

acondicionado para la existencia en este húmedo ambiente. Piel impermeable, patas palmípedas, cuerpo ahusado y redondeado y además...

—Llirk piensa — dijo Fel, absorto.

Arriesgándose, tocó con la mano la piel del animal y la halló seca ya y cálida al tacto.

—Sí... Llirk piensa... Llirk hambre...

—¡Y tiene estómago!—dijo Fel maravillado—.

Igualito que uno de nosotros. Aguarda un momento, simpático; te voy a traer algo de comida, por si tienes apetito.

«Algo» de comida consistió en un par de jamones que Llirk se zampó de sendos bocados, en tanto Fel aplicaba sus labios al gollete de la botella que se había traído, echándose un buen trago entre pecho y espalda.

—¡Su padre, qué tragaderas!—exclamó Fel, oyendo crujir los huesos—. Oiga, Chantal, ¿y hay muchos de éstos por aquí?

La muchacha negó:

—No son muy abundantes, la verdad sea dicha, y además, tienen un carácter muy tímido. Llirk ha debido de frecuentar la compañía de hombres, a juzgar por el modo de expresarse, ¿no es así, Llirk?

La enorme bestia movió la cabezota de arriba abajo.

—Sí... hombres y Llirk... Llirk marchar... no comida...

Se le entendía perfectamente.

—¿Cuántos, Llirk? — inquirió exaltadamente la muchacha.

La bestia contestó:

—No cuenta... Llirk no cuenta...

Chantal se mordió los labios.

—Vamos — rio Fel—, que no tiene alma de calculadora electrónica.

Pero la muchacha no le hizo caso y volvió a hablar con la bestia.

—¿Cuántos, Llirk?—insistió—. ¿Uno? ¿Dos...? Golpea el suelo con las patas cada vez que yo diga un número. Anda, Llirk, monín...

Él se rio.

—Llamar monín a ese bruto es insultar al género humano, Chantal — la reconvino Fel, pero ella no le hizo caso.

Un minuto más tarde, ya sabía que los hombres que mencionaba Llirk eran Logan y su pandilla de bandidos.

La muchacha se volvió triunfante hacia el joven.

—Fel, ya tenemos lo que buscábamos.

—Y, ¿puede saberse qué es lo que andábamos buscando?

—El modo de salir de aquí, Fel. ¿O ya no lo recuerda?

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué es lo que insinúa, Chantal?

—No insinúo nada, Fel — contestó ella con firme acento—. Llirk es el vehículo que nos va a servir para llevarnos a la «Coronado». ¿Verdad que sí, Llirk?

—Llirk llevar... Llirk nadar...

—¡No! — gritó Fel—. ¡Es una locura! ¡Me opongo a ello con todas mis fuerzas!

La joven se volvió, apoyando la espalda en el costado del inmenso animal.

—¿A qué llama usted locura, Fel? ¿No es mayor locura el pretender continuar aquí, en esta situación tan absurda como insostenible?

Fel contestó:

—Pero aquí estamos seguros... ¿Y si Llirk pierde el camino? ¿Y si se niega a obedecernos? ¿Cómo acabaríamos?

—Demasiados «si», Fel — dijo ella severamente. — Yo sé el camino de regreso a la astronave. Y en cuanto a Llirk, como todos los de su especie, tiene un natural dócil y manso y nos obedecerá en todo cuanto le digamos, ¿verdad, Llirk?

La bestia asintió.

—Tú mandas... Llirk obedece...

Chantal se volvió hacia Fel.

—¿Lo ve usted, señor desconfiado? Además, Llirk es muy rápido y con toda seguridad nos llevará a la nave en menos de un día. ¡Vamos, hombre, anímese! Antes de veinticuatro horas es muy posible que esté usted ya en el espacio, libre de esta lluvia que tanto le incomoda. Dése prisa, Fel, dése prisa.

El joven obedeció, renegando para sus adentros. Dio media vuelta, encaminándose hacia el piso superior, en tanto que, con un tonillo que a él le pareció sumamente irónico, Llirk repetía a sus espaldas:

—¡Prisa, hombre... tú prisa...!

CAPÍTULO VI



UATRO horas más tarde, Fel seguía gruñendo.

—Esto es una locura. Así no podemos ir a ninguna parte que no sea directamente al desastre. ¡Je!—se encogió de hombros, emitiendo una amarga risita—. Claro, no puede ser menos... Uno va guiado sólo por una mujer y un animal...

—Yo no animal... yo no animal. Yo persona— clamó la vocecita del enorme Llirk.

—Sí; y yo primo... de Tutankhamen— masculló Fel, haciendo que Chantal se irritara. La muchacha exclamó:

—¿Querrá callarse de una vez, por favor? Si no va a estar diciendo más que vaciedades; si todas estas vaciedades no pasan de ser vulgares y cochambrosas lamentaciones, mejor será que no nos dé la lata y cierre el pico de una vez.

—¡Cerrado! ¡Auk! —dijo Fel, haciendo chocar los dientes superiores con los interiores.

Y luego se agarró con todas sus fuerzas a un mechón de pelos de Llirk, para no ser despedido en un repentino bandazo de éste.

La pareja iba a horcajadas sobre el lomo de Llirk, el cual batía el fango con sus seis patas palmípedas, con ritmo siempre igual, ininterrumpido desde que salieran del refugio. Tanto Chantal como Fel se habían provisto de sendos impermeables totales, que les cubrían de pies a cabeza, provistos, además, de sendas viseras transparentes que impedían se les mojaran los ojos con aquella lluvia, siempre tan pertinaz como intensa, y cuyo murmullo constituía una música de fondo con una sola nota que acababa por exasperar e irritar los nervios mejor templados.

Fel no había querido ser desprevenido, y había llenado un par de bolsas con latas de conservas y un par de frascos de licor, ignorando los víveres que encerraba la despensa de la astronave. Caso de alcanzarla y conseguir despegar, el tiempo que permanecerían en ella antes de ser socorridos, era absolutamente incierto y, por si acaso, el joven no había querido correr riesgos de ninguna especie. Las dos bolsas iban situadas delante de él, en un hueco

del lomo de Llirk, que Fel había conceptuado como inmejorable para tal servicio.

Durante largo rato, y siempre a una velocidad triple de la de un hombre en circunstancias normales y con pavimento liso, la bestia continuó avanzando. Sus tres pares de patas se movían en la ciénaga, impulsándola hacia adelante sin esfuerzo aparente y sin que la carga que llevaba pareciera fatigarla en lo más mínimo. Así transcurrieron un par de horas más, al cabo de cuyo lapso de tiempo, el joven calculó que habrían recorrido unos dos tercios de la distancia que les separaba del refugio donde se encontraban Logan y. los suyos.

Una hora más tarde, la joven rompió su mutismo con una orden sorprendente.

—¡Llirk, alto! — exclamó.

La bestia se detuvo tan en seco, que Fel estuvo a punto de ser arrojado por encima de las «orejas». Se volvió, malhumorado.

—¿No podía usted decírselo más suavemente?

—Lo que tengo que decirle no requiere suavidad alguna. ¡Llirk, a la izquierda!

Pero el animal no se movió.

—¿Por qué dice usted eso, Chantal? — inquirió el joven.

—Nos está llevando directamente hacia el refugio de Logan — contestó ella con los labios muy prietos—. ¡Vamos, Llirk, obedece!

El animal continuó inmóvil. Calló, como queriendo negarse con su silencio a la orden recibida.

—¿Harás lo que te digo? — gritó la joven, perdiendo la paciencia.

—¿Está segura de que Llirk nos está llevando en dirección errónea?— preguntó Fel.

—Completamente — repuso ella en tono de absoluta firmeza—. ¿Para qué se cree que lo he mandado detener?

Fel se acarició la mandíbula por encima del plástico que se la cubría.

—No sé, no sé... Ya dije yo que este hipopótamo que habla estaría mucho mejor en un circo que no haciendo de taxi — y de pronto levantó la voz—: ¡Vamos, Llirk, haz lo que te mandan!

El joven respingó cuando vio aparecer de repente un ojo en la punta de una de sus botas. Apartó el pie con repugnancia, y miró aquella enorme pupila, de veinte centímetros al menos de diámetro, que parecía haberse deslizado por debajo de la piel, a lo largo del cráneo de la bestia hasta situarse en posición de poder utilizarla en aquella parte.

—¡Diablos! ¡Llirk, otro susto como éste y me tiraré de cabeza a la ciénaga! ¿No podías haber avisado? Vamos, monada; ¿por qué no haces lo que te dice la señorita?

—No puede... Llirk miedo...

—¿Miedo... de quién?

Chantal se anticipó a la respuesta del animal.

—Tiene miedo de Logan — dijo, de manera que sorprendió a Fel por completo.

—¿Eh? ¿Qué dice usted, Chantal?

—Lo que oye — repuso ella fríamente—. Estoy segura de que Logan lo amaestró para hacerlo venir en nuestra busca y que nos llevara a su refugio. ¡La astucia de ese canalla es diabólica!

—A mí me parece que usted exagera la nota, Chantal. Vamos a ver, Llirk: ¿tienes miedo de Logan?

—Yo no conoce a Logan... Yo miedo...

—¿Pero de quién, rayos?

—Llirk miedo de seguir... — el tono de la vocecita parecía ahora mucho más plañidero—. No querer ir izquierda...

—¿Lo ve? — exclamó Chantal triunfalmente—. Si continúa por el camino actual, dentro de dos o tres horas nos daremos de bruces con el refugio do Logan.

—¿Cree usted posible que Logan haya obrado de esa manera? — inquirió el joven, aún no muy convencido del todo.

—Lo juraría — respondió ella sin vacilar—. Estas bestias son muy dóciles y se las sugestiona con grandísima facilidad. Estoy seguro de que Logan la atrapó con halagos y algunas latas de conservas, y se tiró un par de días repitiéndole sus deseos de que nos llevase allí.

—¿Usted cree? Me parece absurdo. Hasta ahora nos ha obedecido siempre a nosotros.

—Pero era porque nuestras órdenes no estaban en contradicción con las de Logan, Fel. Y si no lo va a ver ahora mismo. ¡Llirk!

—Tú manda, señorita...

—Sigue por donde ibas, ¡pronto, Llirk!

La bestia reanudó de nuevo su galope natatorio, con tal brusquedad que estuvo a punto de derribar a sus dos jinetes. Milagrosamente, Fel consiguió mantenerse a flote y sujetar, además, los dos bultos de víveres, lo cual no hizo

sin soltar media docena de enérgicas interjecciones.

Cuando se hubo convencido de las razones de Chantal, ordenó al animal se detuviera. Llirk obedeció.

—Y ahora, pedazo de hipopótamo, tira a la izquierda.

—No izquierda, no izquierda — gimió la bestia—. Llirk miedo.

—¿Querrás explicarte de una vez? Miedo de qué, ¡diablos!

—Dragón... malo... come a Llirk...—dijo éste, dejando atónitos a los dos jinetes. Fel se dio cuenta de que le había costado mucho pronunciar la palabra dragón, como si no tuviera su equivalente en el idioma de sus congéneres.

—¿Dragones aquí? Es absurdo, increíble... Yo... Bueno, o nos volvemos o acabaré loco de remate.

—Nada de volvernos dijo, terca, la muchacha, poniéndose de repente en pie. Pasó adelante del joven y alargó su mano, armada con una pistola.

—¡Llirk!—gritó—. ¿Ves esto?

—Sí, señorita

—¿Sabes lo que es?

—Sí... mata a Llirk.

—Me alegro — dijo Chantal con duro acento—. Pues bien, yo te mataré si no me obedeces.

—Llirk tiene miedo... dragón mata...—gimoteó el corpulento animal.

—Yo lo haré, si no me obedeces. Llirk, ¿sabes contar hasta tres?

—U... uno... dos... tres... sí. Llirk, cuenta.

—Perfectamente. Pues ahora voy a hacerlo yo y, si cuando no haya terminado, estás aún quieto, dispararé.

Fel iba a decir que, si mataba a Llirk, ellos se verían en apuradísima situación, pero calló oportunamente, no queriendo conceder al animal aquella oportunidad. Al fin, Llirk, sollozando de tal modo que parecía un niño de tierna edad, obedeció.

La marcha de la bestia venusina se hizo ahora más lenta. Su cabeza se movía en todas direcciones, lo mismo que sus ojos, los cuales surgían de debajo de la piel en los sitios más insospechados, aunque siempre relativamente próximos al cráneo. La aparición y desaparición de aquellas enormes pupilas llegó a provocar náuseas al joven a causa del mareo que aquello le producía.

Pasaron tres horas más, durante cuyo tiempo, el espacio recorrido fue la mitad del normal que hubieran cubierto de haber seguido la ruta marcada por

Llirk. Pero, súbitamente, el animal levantó la cabeza y abrió la boca en toda su extensión.

Llirk soltó un agudísimo grito de pavor. Antes de que Chantal y Fel pudieran enterarse de las causas del grito de Llirk, se encontraron volando por los aires.

La bestia se había puesto en pie durante unos segundos, derribándolos en la ciénaga. Fel se sumergió en el fangoso líquido, y pateó y luchó por surgir nuevamente a la superficie. Cuando lo hizo, soltó mil maldiciones, al mismo tiempo que llamaba a Chantal desesperadamente.

La muchacha apareció a corta distancia de él. Las plantas se les enredaron en los miembros inferiores de ellos, tirando hacia abajo, pero merced a unas cuántas enérgicas patadas consiguieron liberarse del mortífero abrazo. Luchando y jadeando, nadaron y caminaron a medias, escupiendo el fango que se les había introducido en la boca, tratando, en fin, de huir de los alrededores de Llirk, el cual se agitaba ferozmente en medio del pantano, despidiendo intensas nubes de sucia espuma a todos los lados, como si con aquello quisiera defenderse de un enemigo aún invisible.

De pronto, Fel sintió que sus pies tocaban un suelo más firme que el resto. Tomó a Chantal por la mano, y se detuvieron ambos para tomar aliento, sumergidos en el viscoso fango hasta el pecho y bajo la intensa lluvia.

A treinta o cuarenta metros de ellos, Llirk, lanzando patéticos chillidos, giraba en todas direcciones, poniéndose en dos patas en ocasiones y moviendo las cuatro restantes frenéticamente, como tratando de espantar al enemigo que presentía, pero que aún no conseguía ver.

—¿Se habrá vuelto loco de miedo? — murmuró Fel, al ver que el animal continuaba solo en aquel lugar, pero sin dejar de agitarse por un solo momento.

Precavidamente, bajó el cierre relámpago de su impermeable, sacando la pistola, la cual, afortunadamente, había sido así preservada de la humedad. Comprobó el indicador de carga, y todavía tenía los ojos en él cuando un grito de miedo de Chantal le hizo dar un respingo.

—¡Mire, Fel! ¡Oh, es espantoso!

El joven sintió que se le erizaban los cabellos.

Un segundo antes Llirk estaba solo. Un segundo más tarde un horrible ser se materializó a su lado.

Él dragón, tal como lo calificara el desgraciado Llirk, había salido junto a éste y, al ver su especial anatomía, Fel comprendió por qué el animal había parecido estar luchando contra los fantasmas. El dragón, o lo que fuera, o como se llamase en la lengua de Llirk, era invisible, y por eso la bestia se

había estado defendiendo de él, sabiendo imposible su retirada.

Pero el dragón se había hecho visible gracias a algo tan espantoso como repugnante. Era una fiera inmensa, cuya bocaza había hecho presa en uno de los costados de Llirk, al cual estaba sorbiendo la sangre, y ésta, al ser trasvasada a su cuerpo, al modo de los vampiros carpáticos, anulaba momentáneamente su invisibilidad.

Los dos monstruos luchaban encarnizadamente, levantando densas nubes de espuma, que les ocultaban totalmente en ocasiones. Pero el fango resbalaba prestamente por los flancos del dragón, los cuales, al no haberles llegado aún la sangre de Llirk, continuaban siendo invisibles. A Fel le pareció que era la lucha de un hipopótamo contra una cabeza y un cuello, cuyo cuerpo no podía verse todavía.

Pero los esfuerzos de Llirk resultaban inútiles ante la fuerza y el colosal tamaño de su antagonista. Por más esfuerzos que hacía aquél, no conseguía despegar de su costado la boca de su enemigo, el cual continuaba atracándose de su sangre. Poco un poco, el cuerpo del dragón fue haciéndose más y más visible, y entonces Fel se dio cuenta de que, por lo menos, duplicaba en corpulencia a Llirk.

En una ocasión levantó la pistola, dispuesto a matar a la fiera, pero los movimientos de ambos contendientes eran tan rapidísimos y tan violentos, que hubo de contenerse, temiendo herir a Llirk en lugar de su rival. Las fauces de éste se clavaban más y más a cada embate, ahondando la herida, ya de gran tamaño.

Al fin, Llirk rendido, ya no pudo proseguir la lucha. Lanzó un gran grito y, como si no quisiera ver su propia muerte, escondió la cabeza en la ciénaga. Su lomo quedó, no obstante, al descubierto, y poco a poco toda su sangre fue absorbida por la insaciable boca del dragón, el cual era ya total y horrendamente visible.

Durante unos momentos, la pareja permaneció en aquel lugar, como hipnotizada por la terrible escena. Pero, de pronto, Chantal, saliendo de la mortal atonía en que parecía haber caído, lanzó un grito.

—¡Fel, vámonos, vámonos de aquí! ¡Oh, esto es horrible; no se puede soportar de ningún modo!

Y al mismo tiempo, la muchacha, horrorizada, espeluznada por cuanto acababa de ver, quiso dar un paso en dirección opuesta al lugar donde se encontraba el dragón.

El suelo le falló y se encontró repentinamente con el fango hasta el cuello. Volvió a gritar, ahora de modo estridente.

—¡Fel, Fel, sáqueme de aquí!

El joven renegó entre dientes y alargó su mano, ayudando a la muchacha a regresar a lugar más seguro. Pero en aquel momento sintió agitarse la ciénaga tras él.

Se volvió rápidamente y lo que vio le hizo pensar inmediatamente en dónde podrían vender frascos de tintura para las canas, pues no dudaba que, si salía de aquella aventura con vida, tendría ya todo el pelo completamente blanco.

Los gritos de Chantal habían atraído la atención del monstruo, el cual levantó la cabeza, suspendiendo el macabro festín a que se había entregado. Fel comprobó, horrorizado, que solamente era visible de él la red venosa, repleta ahora de la sangre de Llirk.

El dragón chapoteó en el fango, encaminándose pesadamente hacia ellos. Era evidente que el banquete que se había dado, reducía notablemente su movilidad y que le costaba mucho caminar. Mas, aun así, era un enemigo de cuidado, uno solo de cuyos zarpazos podía resultar mortal.

El dragón se acercó más y más a la pareja, sin otro ruido que el del fango desplazado violentamente en sus movimientos. Fel levantó la pistola, apuntando con todo cuidado. No podía fallar; les iba en ello la vida.

El disparo fue hecho. Un rayo de blanquísima luz sólida, deslumbrante, partió de la boca del arma, encaminándose en derechura al cuerpo del monstruo, contra el que chocó a la altura del pecho.

¡Pero el dragón no cayó!

Por un segundo, Fel permaneció inmóvil, atontado incapaz de reaccionar ante aquel hecho increíble. Un disparo de aquellos, con la potencia suficiente para abatir a un proboscidio, no parecía haber causado efecto alguno en la horrible bestia.

Sin embargo, Fel se dio cuenta de que la descarga había atravesado limpiamente el cuerpo del dragón. Un chorro de humo apestoso se elevó del lugar en donde había impactado la descarga. Ésta pareció de efectos retardados, pues unos segundos más tarde, el espeluznante animal se revolcó en el pantano, sin otro ruido que el del fango removido con terrible violencia y despedido a gran distancia, sin lanzar el menor grito.

Animado por esta primera victoria, Fel repitió el disparo en cuanto tuvo ocasión de ello. Ahora el impacto fue hecho en plena boca del animal, el cual, notando con más rapidez los desastrosos efectos de aquel mortífero chorro de fuego, volvió a saltar y a agitarse epilépticamente, como poseído por un mortífero dolor.

Implacablemente, el joven siguió apretando el disparador, hasta que, de pronto, sonó algo muy parecido a una apagada explosión. El cieno se elevó a gran altura, y luego una oscura nube de humo brotó del lugar en donde se

había hallado aquella fiera de nueva especie. Durante unos momentos, hasta que la lluvia que seguía cayendo incesantemente lo hubo literalmente lavado, un fétido olor flotó en el ambiente, el cual se disipó con menos rapidez de lo que la pareja hubiera deseado.

Cuando Fel comprendió que todo había terminado, supo que el líquido que le corría en grandes arroyos por toda la epidermis no era agua, sino su propio sudor. Miró a Chantal, hallando que, aunque muy pálida, el color iba retornando lentamente a sus redondas mejillas.

Después de una larga pausa de silencio, el joven habló. Y lo hizo en tono muy amargo.

—Bien, Chantal— dijo—. No me gusta ser un aguafiestas, ni tampoco pertenezco a la U.Y.T.L.D., pero convendrá conmigo en que la situación no tiene nada de agradable.

La muchacha agachó la cabeza, enrojeciendo.

—Le doy toda la razón, Fel. No deberíamos habernos movido del refugio... pero, ¡era tan grande mi anhelo por salir de él!

—Bueno, — dijo el joven—, a fin de cuentas, no estamos tan lejos. Nos costará un poco hallar el camino seco, pero al fin lo encontraremos, ¿no cree?

Chantal asintió, mirándole con simpatía.

—Es usted admirable, Fel. Otro, en su lugar, me habría llenado de denuestos e imprecaciones, y con toda la razón del mundo, además. Pero usted, en lugar de eso...

—¿Qué sabe usted de mis pensamientos? — sonrió él.

—No, Fel; estoy segura de que no ha pensado mal de mí..., aunque hallo que tiene perfecto derecho a ello. En el refugio estábamos aburridos acaso, pero seguros, limpios, secos y alimentados.

—¡Diablos! —exclamó él, golpeándose la frente con la mano—. ¡Los víveres! Los había olvidado.

Chantal movió tristemente la cabeza.

—No se acuerde más de ellos — dijo—. Están allí, en el fondo de la ciénega. Supongo que, hasta que lleguemos al refugio, tendremos que apretarnos el cinturón.

—Sí — suspiró él; y añadió—: Está bien; cuanto antes echemos a andar, mejor será. Déjeme ir delante; yo tantearé el terreno.

La joven asintió, dejándole paso. Mas antes de que Fel alargara el pie, le hizo una pregunta.

—Fel, ¿qué quiere decir eso que pronunció antes? Sí, aquella serie de

iniciales que ya no recuerdo.

El joven se echó a reir.

—Ah, el «Uyteledé». Eso quiere decir «Unión del Ya Te Lo Dije». «Ya te dije que no hicieras esto...»; «Ya te dije que no fueras por aquí...»; «Ya te dije...». Bueno, a mí nunca me ha gustado pertenecer a tal club, porque no se adelanta nada con reproches. ¿Vamos?

CAPÍTULO VII



HANTAL, veinticuatro horas más tarde, se negó en redondo a dar un solo paso más. Y si no se dejó caer al suelo fue porque no había suelo y sí un pantano en el cual hubiera quedado indefectiblemente hundida.

La muchacha se apoyó en el grueso tronco de un árbol, enteramente parecido a una encina, pero como lo hizo con demasiada fuerza, sin darse cuenta del lugar en que se hallaba, hundió la mano en el mismo hasta la altura del codo y luego, hallando un poco más de resistencia, empujó el tronco hasta derribarlo con sordo estrépito, acompañado de dos o tres más.

Fel la sujetó a tiempo, tomándola por un brazo. Ella vaciló aún, antes de recobrar totalmente el equilibrio, y luego miró al joven con acuosas pupilas, en las cuales no tenía que ver nada la lluvia que continuaba cayendo de modo irritantemente continuo.

—Por favor—dijo—, no me mire así, Fel.

—Pues... ¿cómo quiere que la mire?

—Haga algo, dígame algo; insúlteme; tiene perfecto derecho a ello. Pero, sobre todo, no se esté callado. Estimo peor insulto su silencio que todos los que pueda dirigirme verbalmente.

—Mire, Chantal; ya le dije antes que no pertenezco al «Uyteledé». Todo cuanto pudiera decirle no nos serviría para nada, ¿sabe? ¿Qué iba a ganar con llamarla terca, testaruda y unas cuantas lindezas más? ¿Acaso esos epítetos nos iban a sacar de apuros, llevándonos como por arte de magia al refugio? Además, el hablar sin ton ni son fatiga mucho, y en la situación en que nos hallamos, el aliento es cosa que nos conviene economizar todo cuanto nos sea posible.

La muchacha bajó la cabeza con pesadumbre.

—Sí — murmuró—; tiene usted razón. He sido una terca y una estúpida y todo lo que usted quiera decirme. Y me merezco esos calificativos, porque por culpa de mi idiotez y de mi anhelo por llega a la «Coronado», nos hallamos perdidos en el pantano.

Fel no contestó directamente. En su lugar, miro en torno suyo, contemplando aquel monótono paisaje, siempre gris y siempre verde y

siempre con una cortina de agua que limitaba la visión a cincuenta metros de distancia, produciendo un sordo murmullo que acababa por embotar los sentidos y levantar lancinantes dolores de cabeza.

—Es una lástima que no tengamos una brújula — observó al fin.

Ella meneó la cabeza.

—De nada nos hubiera servido. La influencia magnética aquí es casi nula y la aguja no se hubiera movido. Acaso en las zonas ecuatoriales... pero allí la temperatura es insoportable de no contarse con isotrajes.

—Supongo — dijo Fel, rascándose la mejilla por encima del plástico que casi se la cubría — que la ausencia de influencia magnética será debido a la mayor proximidad del sol, cuyas radiaciones, por tanto, se notarán con mucha mayor intensidad que en la Tierra, ¿no?

Ella asintió y Fel hizo un comentario justo.

—Saber lo cual de nada nos sirve. ¡En marcha de nuevo!

Pero Chantal se negó a caminar.

—Lo siento, Fel; no puedo dar mi solo paso. Estoy cansada, exhausta, rendida por completo. En este momento daría por dormir, aunque no fuera más que un par de horas...

—Ya sé lo que daría, muchacha: su mina de mercurio. Pero como aquí no hay nadie con quien hacer el cambalache, lo mejor será continuar. Yo estuve nueve días así y ya ve, di con su refugio. Usted está aún en las primeras veinticuatro horas, de modo que todavía no está cansada.

—¡No diga usted eso! — protestó vehementemente Chantal.

—Cree que está cansada, que no es lo mismo. Lo bueno vendrá, no dentro de otras veinticuatro horas, sino dentro de tres o cuatro días. Entonces «sí» que sentirá el cansancio y verá lo que es bueno.

—¡No puedo, Fel, no puedo, se lo juro!—gimió la muchacha.

Pero el joven no se dejó llevar por la compasión. Sabía que, si lo hacía, la muerte de ambos era segura y, en consecuencia, la tomó por un brazo, obligándola a caminar. Chantal lloró y suplicó, pero de nada la sirvieron sus lamentaciones; Fel no cedió un ápice en la firmeza de su brazo.

Tropezando, cayendo, levantándose, sumergiéndose en el espeso fango totalmente en más de una ocasión, continuaron ganando terreno. En ocasiones oyeron agudos y espeluznantes gritos que les obligaron a detenerse, alertándose ante el posible ataque de una bestia venusina, pero pudieron proseguir la penosa marcha sin trágicos encuentros. Varias horas más transcurrieron, en medio de una torturante agonía de fatiga y cansancio.

De pronto, cuando menos lo pensaban, el suelo se elevó unos cuantos centímetros. No era mucha aquella elevación, pero sí lo suficiente para que las rodillas tocaran la superficie de la ciénaga. Entonces el joven hizo alto.

—Bueno — dijo, evidentemente satisfecho—; ya era hora. Aquí descansaremos, Chantal.

—Es imposible, Fel —dijo ella, mirándole como si el joven se hubiera vuelto loco de repente—; no podemos tumbarnos.

—Tampoco hace falta — rio él—. Nos sentaremos, espalda contra espalda, y... le aseguro que dormirá tan profundamente como jamás lo ha hecho.

Así lo hicieron, y pocos instantes más tarde, los dos jóvenes, protegidos relativamente de la humedad por sus impermeables, apoyaron la cabeza en el pecho y se durmieron de modo casi instantáneo. Antes de conciliar el sueño, Fel pensó que, sin embargo, el hambre no tardaría mucho en dejarse sentir y que sería otra tortura más a añadir a las que ya padecían. Pero los párpados se le cerraron antes de que hubiera tenido tiempo de considerar seriamente el problema.

Fel no supo nunca el tiempo que había estado durmiendo. Le despertó la salida del sol, o al menos así se lo pareció.

Una luz intolerablemente deslumbradora surgió en el cielo, ahuyentando la capa gris de niebla y lluvia. A corta distancia de ellos, un trozo de bosque venusino desapareció, en medio de sucias nubes de humo y vapor. El fango hirvió y espumajeó, enviando una bofetada de ardiente calor al rostro de los dos jóvenes.

Fel quiso levantarse, súbitamente despierto, pero notó que algo se lo impedía: las plantas que habían crecido abundantemente en tanto dormían. Pero sus lazos eran muy débiles y pudo romperlas fácilmente con las manos, ayudando a Chantal a incorporarse.

—¿Qué ocurre?—preguntó ella, un poco asustada.

La descarga se repitió antes de que Fel tuviera tiempo de dar su respuesta. Volvió la onda de calor un ancho sector del bosque, fue nuevamente abrasado, en medio de estremecedores chirridos del fango hirviente. La vaporización se hizo más intensa que nunca y la neblina acentuó su espesor.

—Alguien quiere aterrizar aquí — dijo Fel, y casi en el mismo momento, un ruidoso silbido se dejó sentir.

Se oyó un colosal chapoteo, como de un cuerpo muy pesado batiendo la superficie del pantano. Algo crujió a corta distancia de allí y, de improviso, un metálico artefacto surgió de entre la niebla, encaminándose velozmente al sitio donde se hallaban Fel y la muchacha.

La pareja quiso huir para evitar ser atropellados por aquel bote volador que amenazaba con echárseles encima. Afortunadamente, su piloto los distinguió a tiempo y pudo desviar la trayectoria del mismo, deteniéndose, al tocar el suelo firme, a unos cuantos metros de distancia.

Fel y Chantal miraron con curiosidad la transparente cabina del bote volador, en cuyo interior se veía la difusa silueta de una persona. La cúpula de la carlinga se levantó y entonces Fel pudo distinguir claramente la fisonomía de la persona que allí había.

Se echó a reír en tonos bajos, no desprovistos de mordacidad. Chantal le miró como si hubiera perdido repentinamente la razón.

—¿Cree usted que la cosa es para echarla a broma, Fel? — inquirió notablemente molesta.

—Usted acaso no; pero yo sí. La vida, mi apreciable amiga, tiene sus compensaciones y ésta es una de ellas.

—No le entiendo, Fel.

—Pues es muy sencillo, muchacha. Ese pajarraco que ve usted ahí es nada menos que el capitán Ring, del «Temístocles». No sé quién lo habrá enviado aquí, seguramente en las mismas condiciones que yo, pero si en alguna ocasión puedo encontrarlo, haré que le den una medalla, palabra.

En aquel momento, el capitán Ring lanzó un grito.

—¡Eh! ¡Ustedes... acérquense!

—Vamos — dijo Fel—; siempre estaremos mejor allí que no expuestos a la lluvia.

—¿No teme usted que el capitán Ring tome ahora alguna represalia contra usted?

—Yo diría todo lo contrario; pero este no es el momento de peleas. ¡Vamos!

Unos segundos más tarde, Fel y Chantal trepaban a una de las alas del aparato, el cual, a juzgar por lo que el joven pudo apreciar a simple vista, se hallaba en bastante buen estado. Tan sólo le faltaba la punta del ala de estribor, y Fel calculó que aquél debía ser el crujido metálico que habían oído antes de ver la navecilla. «Pero — se dijo—, a poco combustible que tenga, podrá volar sin dificultad alguna.»

La cúpula se cerró sobre ellos, y entonces el capitán Ring les saludó.

—¡Hola, amigos! Me, alegro de verles. ¿Cómo se...? ¡Rayos y centellas! ¡Pero si es Fel Lomas en persona!

El joven terminó de quitarse la capucha del impermeable y soltó una

alegre carcajada.

—El mismo que viste, y calza, capitán. Y esta hermosa señorita que ve aquí se llama Marie Chantal de Saint Médard... Chantal para los amigos, como yo — concluyó significativamente el joven, como dando a entender al capitán que no debía tomarse la menor confianza con la muchacha.

—Encantado — dijo Ring, aún estupefacto—. ¡Dios mío, Lomas! Yo hubiera jurado que usted había muerto.

—No será porque usted no puso de su parte los posibles para que tal desgracia llegara a sucederme. Pero, en fin, ya que, estamos aquí, evite que eso vuelva a sucederme, y aliméntenos a los dos, a la señorita y a mí.

Ring asintió, aún bajo el peso de la impresión que le causara el ver vivo al joven. Las hábiles manos de éste prepararon en un santiamén, a pesar de las incomodidades lógicas de un espacio tan limitado, una comida que si no pecó de suculenta, sí resultó en extremo reconfortante para los que hacía unos momentos eran náufragos en la selva venusina.

Ring tenía incluso tabaco, y cuando Fel hubo terminado de devorar su correspondiente ración, le lanzó, envuelta en humo, una pregunta.

—¿Qué le ocurrió, capitán? ¿Se le hartó la tripulación?

El aludido hizo una mueca. Fel se echó a reír.

—Esto que le sucede, capitán, es una poética justicia.

—¡Usted se estaba insubordinando continuamente y no hacía más que soliviantar los ánimos de mi gente! —protestó Ring.

—Demasiado sabe usted cuáles eran las causas de mis protestas, Ring — gruñó el joven—. ¿Qué le pasó ahora? Seguro que la tripulación se dio cuenta de que toda la razón estaba de mi lado, ¿verdad, capitán?

—Llegarán a la Tierra y se les formará sumario por amotinamiento en pleno espacio.

—¡No se las eche usted de capitán Bligh, Ring! Lo más probable es que, en cuanto el «Temístocles» tome tierra en el astropuerto, haya una banda de música esperándoles y que el alcalde de la ciudad les ofrezca las llaves de ésta. Su segundo, McPherson tendrá mucho que contar, ¿eh?

—Sí — gruñó Ring—; sobre todo cuando patalee en la horca.

—Está bien, capitán — dijo el joven—. Estas discusiones, al menos por el momento, no nos llevan a ningún sitio práctico. Ahora lo que interesa es la manera de salir de aquí. ¡Apártese!

Fel alargó el brazo, echando a un lado a Ring. Éste protestó airadamente.

—¿Qué es lo que pretende usted, Lomas?

El joven no contestó, de momento. Echó un vistazo al tablero de mandos y, al cabo de unos segundos, emitió una alegre risita.

—Capitán— dijo—, veo que McPherson y los suyos fueron con usted más considerados que usted mismo conmigo.

—No veo...

—No se haga el loco, Ring. Yo ignoraré el modo de pilotar una astronave, pero sé manejar perfectamente uno de estos cacharros, y aquí, el indicador de combustible señala que hay el suficiente para despegar y alcanzar unos cuantos miles de metros de altura.

—Pero el avión caerá, una vez se haya agotado el combustible.

—No se preocupe por ello, capitán. A fin de cuentas, el piloto voy a ser yo, de modo que...

La faz de Ring adquirió un hermoso color púrpura.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo, Lomas? Esta nave es mía, y no toleraré que nadie imponga su criterio sobre el mío.

—¡Capitán! —gritó Fel, empezando a perder la paciencia—. Sepa usted que aquí no se encuentra ya a bordo del «Temístocles», donde su autoridad, además de absoluta, estaba respaldada por unos cuantos esbirros tan sinvergüenzas como usted. ¡He dicho que vamos a despegar y despegaremos! —concluyó el joven de modo rotundo.

Pero entonces, de modo inesperado, terció la muchacha.

—¿Puedo decir algo? Recuerden que yo también represento un papel en esto; por lo menos mi vida.

—¡Vamos, desembuche aprisa!—gruñó Ring.

Chantal lo miró desdeñosamente.

—El señor Lomas tiene razón, capitán. No sé por qué diablos se ha de empeñar usted en proseguir aquí, en este lugar absolutamente olvidado de la mano de Dios. Volando a varios miles de metros, y con la ayuda del radar, conseguiremos descubrir nuestro refugio. Y una vez allí, pensaremos con detenimiento lo que se ha de hacer.

—¿Tiene usted un refugio, señorita?

—Sí — contestó Fel por ella—. Y yo lo atestiguo. Allí estaremos secos, calientes, cómodos y bien alimentados, esperando tranquilamente, o buscando alguna forma de salir de este cuenco de agua y barro.

—El señor Lomas tiene razón — le apoyó Chantal, mirándole acto seguido—; Fel, si conseguimos llegar allí, cuente con que le obedeceré incondicionalmente y que no protestaré si el tiempo se me hace demasiado

largo allí.

El joven vio algo extraño en la mirada de la muchacha, pero se abstuvo de hacer comentario alguno en tal sentido. En lugar de ello miró al capitán Ring.

—Vamos, capitán, decídase.

Sonrió al decirle:

—¡No! ¡No quiero!—contestó tercamente el interpelado.

—¿Por qué?

—No tengo que darle explicación alguna acerca de mis actos, Fel Lomas. Y si quiere que se lo diga de otra manera...

—¡No quiero que se peleen! —dijo Chantal.

Ring apretó los puños, disponiéndose a la pelea. Fel soltó una risita.

Pero nadie le hizo caso.

—Muy bien — dijo—; puesto que usted lo quiere... — y ladeó la cabeza, esquivando el primer puñetazo del capitán.

Devolvió el golpe, con un fenomenal derechazo que hizo lanzar a Ring un angustioso chillido de dolor. Pero el capitán era fuerte y aquello no hizo otra cosa que aumentar su furia.

Fel no comprendía los extraños motivos que podía tener Ring para negarse a abandonar aquel sitio, pero él estaba harto del pantano y, fuera de la manera que fuera, que esto no le importaba mucho, quería llegar al refugio. Una vez allí...

Durante unos momentos, los dos hombres se pelearon encarnizadamente en aquel reducido espacio sin que sus golpes, a fin de cuentas, tuvieran gran efectividad, dada la imposibilidad en que se hallaban de moverse cómodamente. No obstante, hubieran continuado peleándose, de no haberlos detenido a tiempo un agudo grito proferido por la joven.

—¡Quietos! ¡Quietos, estúpidos!

Los dos contrincantes se detuvieron con unánime gesto, contemplando la pistola que empuñaba firmemente Chantal.

—Un solo golpe más y dispararé sin vacilar contra cualquiera de los dos que reanude la pelea. ¡Vamos, Fel, siéntese ante los mandos y despegue de una vez!

Ring se limpió la sangre que le corría por el mentón, con el dorso de la mano, antes de responder lentamente:

—Me rindo ante la fuerza indiscutible de las armas...

—Capitán—dijo ella—, aquí las frases grandilocuentes están fuera de

lugar. Siéntese en su sitio, amárrese bien, y tenga en cuenta que en tanto dura el viaje, voy a tener la pistola encañonada a su costado.

—Eso se llama hablar con propiedad y sensatez — dijo Fel.

Pero también a él le tocó lo suyo. Chantal dijo secamente:

—Usted a manejar el aparato y que no le vuelva a oír despegar los labios. ¡Vamos, estamos perdiendo un tiempo precioso!

Fel la miró asombrado y luego, encogiéndose de hombros, se sentó ante los mandos del bote y lo puso en marcha. Se sujetó luego las correas y, cuando estuvo seguro de que el motor respondía, dio gas a fondo.

Tal como había predicho la muchacha, dos horas más tarde se hallaban a la vista de su refugio. Dejaron el bote, ahora ya inservible por el agotamiento del combustible, y se encaminaron hacia el refugio, cuya mole se iba aclarando a medida que se aproximaban a él.

Pero cuando, ya satisfechos, se disponían a penetrar en él, alguien les dio una irónica bienvenida.

—Pasen, pasen, distinguida dama y apreciables caballeros. Pasen, y considérense aquí como en su propia casa.

A Fel no le hizo falta ver ni oír más para saber que se hallaba en presencia de Logan, el pirata de la «Coronado».

CAPÍTULO VIII



UALQUIER cosa se hubieran esperado los recién llegados al refugio antes que la presencia en él de Logan y sus compinches. Y la pistola que el forajido empuñaba firmemente en su mano quitó a Fel toda idea de resistencia, por otra parte suicida, ya que, desprevenido, ignorando que allí se encontraban los bandidos, tenía la suya aún debajo del impermeable.

El refugio se había convertido en centro de una orgía de suprema disolución. Ansiosos los forajidos de desquitarse de las privaciones sufridas durante aquellos largos meses, habían saqueado la bodega, embriagándose totalmente con su líquido contenido. Dos o tres de ellos, rendidos por el alcohol, yacían tirados por el suelo, con sendas botellas en las manos, cuyo contenido no habían tenido tiempo de agotar. El resto iba de un lado para otro, lanzando feroces aullidos y entonando atroces canciones, ahogando con sus berridos el ruido de un altavoz que transmitía alegre, a tono con la juerga. Latas vacías, fragmentos de vidrio, restos de comida y hasta prendas de ropa manchadas de licor, ensuciaban el suelo de modo repugnante. El conjunto, por demás, deprimía y desmoralizaba a los ex náufragos, cuya sorpresa era absoluta.

También en el rostro de Logan se notaban los rastros de la alcohólica orgía, pero, hombre más sereno que el resto, había cuidado de su continencia en relativo grado, y aunque los ojos le brillaban algo más que de costumbre, parecía como si la inesperada presencia de Chantal y sus acompañantes hubiera acabado por despejarle las escasas brumas de alcohol que aún velaban su mente, dejándole completamente sereno.

Asentó la pistola en su mano, sonriendo con siniestra ironía.

—Pasen, pasen — repitió, echándose ligeramente a un lado—. Después de las fatigas de estos días, sin duda tendrán grandes deseos de recuperarse, ¿no es así?

Ninguno de los recién llegados contestó palabra; el estupor que les embargaba era demasiado grande para que pudieran hablar. Logan volvió a reir nuevamente.

—No me esperaba aquí, ¿eh, señorita de Saint Médard? En cambio, a mí se me hizo muy larga la tardanza suya en volver al refugio. Francamente,

hubo momentos en que creí habría muerto en el pantano; aunque, como veo, se encuentra en perfecto estado de salud. Y su «cavalier servant» también, ¿verdad, amigo Lomas?

Éste no contestó; apretó los labios simplemente, dándose cuenta de que resultaría inútil cualquier esfuerzo encaminado a desarmar a Logan.

—¿Quién es este otro con aspecto de barril mojado por fuera? — inquirió Logan, refiriéndose a Ring.

—Oiga, amigo —dijo el capitán belicosamente—; es la primera vez que oigo tal insulto, y no se crea que, por tener una pistola de esas en la mano...

«¡Craaak!»

El gesto de Logan fue tan rápido, que Ring no tuvo tiempo de esquivar el golpe que le dirigían. El cañón de la pistola chocó violentamente contra su mandíbula, y el hombre se desplomó como un saco al suelo.

—¿Quién es? — volvió a preguntar el bandido.

—Capitán Ring, del carguero «Temístocles»—contestó Fel serenamente.

—¿Por qué está aquí?

—Se le amotinó la tripulación y lo largaron de la astronave.

Las finas cejas de Logan, cuyo rostro no carecía de cierto atractivo varonil, se juntaron inquisitivamente.

—¿Es cierto eso que me dice, Lomas?

El joven se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a mentirle, Logan? Pero, si quiere que le confirmen mis palabras, pregúnteselo a la señorita de Saint Médard; ella le repetirá exactamente cuánto yo acabo de decirle.

—¿Y qué pinta ese hombre aquí? — refunfuñó Logan.

—¿Cómo quiere que lo sepa yo? Nosotros estábamos perdidos en la ciénaga y el capitán Ring aterrizó en ella con un bote volador. Volvimos a elevarnos... y aquí estamos.

Logan tornó a sonreír.

—Muy bien dicho, Lomas, muy bien dicho. Sí; aquí están; y la señorita de Saint Médard se convencerá ahora de lo necesario que es para la integridad de su hermoso físico el que nos entregue los planos de su mina.

Chantal enrojeció violentamente.

—¡Jamás! ¡Jamás consentiré en ello, Logan! ¡Usted es un bandido y un asesino que no se merece otra cosa que la muerte!

—Mire, señorita; hablar aquí de justicia es tanto como mencionar las playas mediterráneas. ¡El único que da órdenes y toma disposiciones, soy yo!, ¿me ha entendido? Y quiero ese plano, o lo tomaré por la fuerza.

—¡No consentiré en ello, Logan! ¡Prefiero morir...!

El bandido se echó a reír sarcásticamente, con grosería.

—¿Dónde he oído yo esa frase, antes de ahora? Vamos, señorita, no me suponga tan caballero como para no llevar a cabo mis amenazas. Cuando deseo una cosa, la tomo, sin importarme un pito las consecuencias... que puedan sufrir los demás, ¿entendido?

Chantal irguió su hermosa cabeza, guardando un desdeñoso silencio. Logan iba a hablar, pero en aquel momento, alguien se lo impidió.

Uno de sus esbirros, completamente bebido, tambaleándose, con una botella en las manos, se les acercó, mirándoles con ojos turbios. Mas, a pesar de todo, reconoció a Fel. Y éste también le reconoció era el individuo a quien estrellara una botella de licor en pleno rostro, en el cual se veían aún algunas cruces de blanco esparadrapo que le cubrían las heridas.

—¡Vaya...! — tartajeó el borracho—. De modo, hip... que aquí está el va... valiente defensor do las... hip... damas, ¿eh? Pues ahora vas a ve... ver... si puedes golpear de nuevo a... a Martins... ¡To... toma!

Pero la borrachera del forajido era demasiado grande, más aún que su lógico resentimiento, y a Fel no le costó nada desviar la cabeza a un lado y esquivar el botellazo que el otro le tiraba.

Al mismo tiempo, alargó la mano y se apoderó de la botella con cierta facilidad. Rota ésta en la nuca de Martins, el individuo se desplomó completamente inconsciente al lado del todavía desmayado capitán. Ring. Los cascos de vidrio se esparcieron por el suelo, pero el gollete, astillado, con afiladísimas puntas, quedó en poder de Fel.

Logan captó la intención del joven y le apuntó amenazadoramente con el arma.

—¡Quieto ahí, Lomas! Paso por alto el golpe a Martins; a fin de cuentas, se lo tiene bien merecido por estúpido. Pero de esto a que quiera agredirme a mí con ese resto de botella, hay mucha diferencia. ¡Tírelo! ¡Inmediatamente!

El tono de la voz de Logan era amenazador en extremo y Fel sabía que el forajido no bromeaba. Con reluctante gesto arrojó lo que le quedaba de la botella a un lado y luego se cruzó de brazos.

—¿Qué piensa hacer ahora conmigo, Logan?

Los ojos del aludido chispearon.

—Debiera matarle por haber suprimido a dos de los míos, pero encuentro

un obstáculo: que soy demasiado justo — y ante la mirada de sorpresa de Fel y Chantal, Logan se echó a reir—. Sí, demasiado justo. Sí usted liquidó a M'Tongo y a Coliphan es porque fue más listo que ellos y supo ganarles por la mano. ¡Bien se lo tienen!

—¿Y qué más?

—Pues que, sencillamente, va a dar comienzo la conferencia destinada a obtener el plano de la mina.

—¡No!— dijo Chantal.

—¡Tonta!—rio Logan—. Ya lo creo que me lo dará. ¿Qué le parecería si la arrojara a esas fieras? — y el pulgar de Logan señaló a sus espaldas, en donde, en un furioso «in crescendo», continuaba la orgía.

Hasta el color de los labios le huyó a Chantal al oír las palabras del asesino.

—¿Sería usted capaz? — murmuró, espantada.

—Ya le dije que quiero el mapa y que no repararé en medios para obtenerlo.

Fel crispó los puños.

—Si hace usted tal cosa, Logan, juro que lo mato como a un perro.

—Usted no está en condiciones de hacer otra cosa que lo que yo disponga, Lomas. Y si me apetece hacer eso que he dicho... ¡lo haré!

—¡Canalla! — siseó Chantal.

—Los insultos no me hacen mella, señorita. De todas formas, no se crea del todo lo que acabo de decirle... Llevamos mucho tiempo sin diversiones en Venus y creo que mis hombres tienen ganas de un rato de juerga.

—¿Le parece poco lo que están haciendo? — gruñó Fel.

—Oh, eso no es más que el principio. Se divertirán mucho más cuando empiecen a arrancarle a usted el pellejo a tiras. Tienen muchas ganas de vengar la muerte de Coliphan y M'Tongo, ¿sabe?

—¡Eran dos sinvergüenzas y dos asesinos como usted, Logan!

—Bueno; cada uno es lo que puede, Lomas Y ahora — el tono de la voz del bandido se endureció repentinamente—, ya hemos hablado bastante. ¡Sigan hacia adelante y no intenten hacer el menor movimiento sospechoso o les quemo!

Fel y Chantal se miraron y luego, viendo que no tenían otro remedio, bajaron la cabeza y echaron a andar, cuidando de no pisar; los cuerpos de los beodos tendidos en el suelo, como así mismo los restos de comida y bebida

que ensuciaban repelentemente el pavimento. Sintiendo constantemente en sus espaldas la amenaza de la pistola de Logan, llegaron al primer piso, en donde el bandido encontró a uno de sus compinches con la suficiente serenidad para desarmar al joven.

—Y ahora — les dijo, señalándoles una puerta — pasen ahí. Mientras tanto, yo voy a ver si consigo despabilar a esa pandilla de imbéciles. Señorita de Saint Médard, vaya usted pensando lo que más le conviene; dentro de poco vendremos por el amigo Lomas para divertirnos a su costa.

La puerta se cerró con seco golpe. Fel se quedó quieto en su sitio, sabiendo que no podía hacer nada por forzar su cárcel. Ni siquiera le quedaba el recurso de violentar la ventana, pues al otro lado de ella estaba el mortífero pantano, aguardándoles con sus abiertas fauces, ansioso de devorarles. Y el bote volador, agotado su combustible, tampoco constituía un recurso con el cual contar.

El joven crispó los puños con un gesto lleno de impotente cólera.

—Lo que yo me pregunto — dijo — es cómo habrán podido llegar estos granujas hasta aquí.

Ella se apoyó en la pared, contemplando la lluvia, cuya caída continuaba inmutable, constante.

—Muy sencillo — repuso—: al ver que Llirk no llegaba, supusieron que algo nos había ocurrido y se dirigieron hacia aquí, con la suerte de no hallarnos dentro. ¿No oyó a Logan? Creía que habíamos muerto, Fel.

—No sé si ésa hubiera sido una buena solución...

Pero Chantal le cortó la frase con enérgica viveza.

—No sea blasfemo, Fel—dijo—. Todavía estamos vivos.

—Pero no por mucho tiempo.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Logan no es un individuo a quien le agrade dejar muchos rastros detrás de sí. Con toda seguridad, en cuanto haya obtenido de usted lo que desea...

La muchacha se estremeció, comprendiendo el siniestro significado de la inconclusa frase de Fel.

—¿Lo cree usted capaz de matarnos una vez le haya entregado el plano de la mina?

—Logan es capaz de todo, Chantal; no se haga muchas ilusiones por si acaso. ¿No vio lo que había a nuestra llegada? Es una colección de bandidos ávidos de sangre y de botín, que están sujetos al puño de Logan sólo porque éste es más bruto que los demás. En el momento en que el bandido flaquee, su

jefatura pasaría a manos de otro, quien, seguramente, sería el que lo hubiera matado. No, Logan no puede mostrarse débil, o de lo contrario sucumbirá. Es la eterna historia de un tesoro, unos piratas y su capitán. Y la historia no suele mentir, Chantal.

—Podemos llegar a un acuerdo con Logan.

—¿De qué modo?—rio él amargamente.

—Si yo le entrego el plano, él puede dejarnos libres. Sólo bajo esa condición accederé a rendirme, Fel.

—Pero queda en pie el problema de la «Coronado», Chantal. Logan no la dejará irse así como así. Y, aun suponiendo que le perdonara la vida, él también tendría que salir de Venus. Tiene que ir a la Tierra, naturalmente, para organizar la explotación de la mina, cosa que él no puede hacer sólo. ¿Cree sinceramente, que Logan la dejará vivo después de haber conseguido lo que tanto ha ambicionado, solamente para que usted le denuncie por asesinato y motín en el espacio? Si él, es una hipótesis nada más, Chantal, le pide silencio a cambio de su vida, ¿guardará usted la palabra empeñada?

En silencio, la muchacha desvió la vista, muy pálida, con el seno agitado por una irregular respiración. No contestó.

—¿Lo ve, Chantal?

La muchacha se volvió de repente.

—¡Entonces... no entregaré el plano, Fel!

Él movió la cabeza con pesimismo.

—Veo muy difícil resistir...

Pero apenas había hablado el joven cuando un ruido le interrumpió.

La puerta se abrió bruscamente y el capitán Ring penetró por ella impulsado por la nada suave caricia de una bota. Ring dio una voltereta sobre sí mismo y luego se quedó sentado en el suelo, mirando estúpidamente a la pareja.

Antes de que la puerta se cerrara, Fel tuvo tiempo, sin embargo, de ver a Logan escoltado por un par de hombres, lo cual le dio la idea de que el asesino había dado fin a la orgía. Pero volvió su vista hacia el atontado capitán.

—¿Qué... qué me ha ocurrido? — preguntó éste, frotándose la dolorida mandíbula.

—Nada; que por no tolerar que le llamaran barril abollaron un cañón de pistola en su quijada — sonrió el joven.

Ring empezó a lanzar denuestos e imprecaciones. Fel se inclinó hacia él.

—Capitán, tenga en cuenta dos cosas: primera, que hay una dama delante y su monólogo es harto incorrecto, por lo cual no pienso tolerárselo. Y la segunda es que con palabras gordas nunca se ha logrado nada.

—¿Y... y qué quiere que haga yo? — dijo Ring, empezando a levantarse.

Fel se encogió de hombros.

—Lo que quiera, capitán; de aquí no puede irse...

Dos horas más tarde un forajido entró con una bandeja con alimentos que dejó sobre una mesita. Las huellas de la borrachera se veían aún en el rostro del individuo, quien, en absoluto silencio, dejó los víveres sobre la mesa, retirándose a continuación. Mientras duró la breve operación otro de los forajidos guardó la puerta con la propia pistola de Fel.

Los cautivos comieron sin hacérselo rogar mucho, olvidando, por el momento, la situación en que se hallaban. Hablaron muy poco, y al terminar Chantal dijo:

—Fel, ¿sabe lo que he pensado?

El joven la miró especulativamente.

—Voy a entregar el plano de la mina a Logan.

—¿Por qué?

El gesto de la muchacha denotaba claramente el desaliento que la poseía.

—Estoy harta de todo, Fel; cansada de soportar está permanencia en Venus; fatigada de luchar... Yo ya no lo soporto más. Con tal de no verle la cara a Logan sería capaz de hacer cualquier cosa. Espero que me comprenderá, ¿verdad?

El joven torció el gesto. Luego dijo:

—Muy bien, si éste es su gusto... Por lo menos, siempre me queda el recurso de darle las gracias; así me evita una posible tortura por parte de Logan.

—No me las dé — dijo ella con los ojos llenos de lágrimas—; en lugar de ello debería escupirme a la cara.

—¿Eh?... Poco a poco, muchacha. ¿Por qué desanimarse de tal modo? Yo creo...

Pero Fel no pudo decirle lo que creía, porque en aquel momento la muchacha se puso en pie con rápido gesto.

—¡Eh, chiquilla! ¿Adónde va?

Chantal no le contestó. Se dirigió a la puerta, golpeándola fuertemente con los puños, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Abran, abran, quiero ver a Logan! ¡Abran he dicho!

No tardó mucho en hacerse visible el bandido. Sus sagaces pupilas se clavaron con aire inquisitivo en las de Chantal.

—¿Qué quiere usted de mí, señorita?

—Establecer solamente un pacto, Logan — dijo ella.

—¿Un pacto? Y ¿qué tiene usted como objeto de intercambio?

—El plano de la mina... a cambio de mi vida y de la de mis compañeros.

Logan la miró suspicazmente.

—¿No será eso un ardid?

—Estamos en sus manos, Logan; ¿qué podemos intentar contra usted y los suyos?

—No sé, no sé — repuso al forajido, acariciándose pensativamente la mandíbula—. Esta rendición tan temprana...

—¿Dónde está su valor, Logan? — dijo ella desdeñosamente—. ¿Desde cuándo un hombre como usted tiene miedo de tres personas desarmadas, las cuales, por desgracia están completamente a su disposición?

Logan vaciló unos segundos. Al fin, y todavía con aspecto de no hallarse muy convencido del asunto, se echó a un lado.

—Está bien —dijo—. ¿Dónde guarda usted el mapa?

Pero Chantal no se movió.

—Antes quiero que usted empeñe su palabra de que, una vez se lo haya entregado, no nos ha de suceder nada malo a ninguno de los tres.

—¿Promete usted a su vez—repreguntó Logan — Callar cuando regresemos a la Tierra? Tenga en cuenta que está en mis manos, señorita. Usted puede negarse a darme el plano y, acaso, yo quedarme sin él; pero de lo que sí estoy seguro es de que usted me dará esa llave de ignición que aún conserva pendiente del cuello gracias a mi benevolencia. Cuando le haya cortado las piernas de dos disparos esa llave me servirá para largarme de aquí, ¿entendido?

Chantal cerró los ojos unos instantes. Le parecía estar haciendo traición a la muerte de su padre y los restantes compañeros de éste asesinados en el motín. Suspirando fuertemente, dijo:

—Sí, Logan. Callaré, pero usted nos devolverá a la Tierra.

—¡Muy bien! ¡Trato hecho! ¿Dónde está ese condenado mapa?

—En la caja fuerte de la «Coronado», Logan, y sólo yo conozco la clave, ¿me entiende? — concluyó significativamente la muchacha.

—Bueno — dijo Logan, encogiéndose de hombros—; volar una caja fuerte es lo más sencillo del mundo y...

—No cuando está conectada su cerradura a un mecanismo que al menor síntoma de violencia, incendia todo cuanto hay en su interior, Logan.

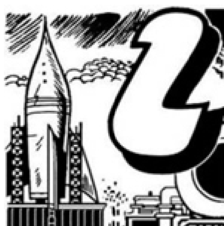
Éste se echó a reír de buen humor.

—Su padre era muy astuto, señorita. De acuerdo: lo haremos así. Con su permiso, voy a disponerlo todo para la marcha.

Dos horas más tarde, todo el mundo estaba listo y pertrechado para salir del refugio, dispuestos a enfrentarse con las incomodidades e inclemencias del viaje de cinco días que habrían de invertir en llegar a la espacionave. Logan dispuso el orden de marcha, colocando a sus más fíeles secuaces como vigilantes de sus prisioneros, pero en el momento en que se disponían a arrancar ocurrió algo totalmente imprevisto.

Uno de los hombres de Logan lanzó un grito agudísimo, al mismo tiempo que de modo aparentemente inexplicable, se elevaba braceando y pataleando frenéticamente en el aire.

CAPÍTULO IX



O insólito del caso dejó absolutamente paralizados a cuantos estaban allí, sin saber a qué achacar los misteriosos motivos por los cuales el forajido se elevaba por los aires, agitándose espasmódicamente, al mismo tiempo que de su garganta brotaban feroces alaridos de dolor.

Pero Fel adivinó en seguida lo que ocurría.

—¡El dragón! —exclamó, y no perdió tiempo en tomar el brazo de la muchacha y retirarse al relativamente seguro refugio del primer piso.

La cabeza del dragón se hizo visible de súbito, cuando parte de la sangre del bandido pasó a su interior. Los gritos de dolor de éste cesaron bien pronto por otra parte. En cuanto al resto, huyó de la puerta, en medio de una catastrófica confusión. Alguno de ellos, menos listo que los demás, cayó al suelo, siendo pisoteado por sus propios compañeros, pero pudo levantarse y huir.

En pocos segundos quedó despachada la maligna obra de la fiera. Habiendo absorbido toda la sangre del desgraciado que había caído en sus fauces, intentó penetrar dentro del edificio. Fel se dio cuenta de que sólo era visible la cabeza y parte del cuello de aquel descomunal engendro de la naturaleza venusina.

Sin embargo, la puerta le venía un poco estrecha al dragón, pues se vio claramente que forcejeaba por penetrar, sin conseguirlo. No obstante, Fel se dijo que las fuerzas del animal eran prodigiosas y que de continuar con sus propósitos, podía provocar una catástrofe total.

Lanzó un grito:

—¡Dispare, Logan, dispare! ¡A la cabeza!

El jefe de la pandilla no se hizo rogar. Apretó el gatillo y una poderosa descarga de luz sólida fue liberada, atravesando de parte a parte la garganta del animal. Pero Fel sabía, por propia experiencia, que no había suficiente con un solo disparo para abatirlo.

—¡Siga, Logan, siga — aulló—, no se detenga o nos devorará a todos!

Sintió junto a su cuerpo el contacto del de la muchacha. Instintivamente, y sin poderlo remediar, rodeó sus hombros con el brazo. Logan entendió al fin y

continuó apretando el disparador hasta que al fin, la cabeza del monstruo, que parecía hecha de una repugnante masa gelatinosa, se desplomó al suelo, a pocos pasos de la escala de acceso al primer piso. A corta distancia de ella yacía el cadáver del bandido, convertido ahora prácticamente en una cáscara vacía.

Con las debidas precauciones, Logan descendió al vestíbulo. Tocó con el pie el yerto cuerpo de su compañero, convenciéndose de que ya nada podría devolverle la vida. Después, con la pistola a punto, se acercó al lugar donde yacía la enorme cabeza del dragón.

Un insoportable hedor había invadido el edificio, pero todos cuantos allí se encontraban estaban aún demasiado asustados para preocuparse por lo que, en aquellos momentos, les parecía una minucia. Logan alargó el pie y luego se volvió.

—¡Lomas! ¿Qué clase de bicho es éste?

—Llirk les llamaba dragones. Es todo lo que puedo decir, salvo que sólo se hacen visibles cuando injieren la sangre de algún ser vivo. Uno de éstos fue el que acabó con Llirk.

—¡Diablos! Y con nosotros también, a poco que nos hubiéramos descuidado. Bueno, menos mal que todo se ha pasado ya. ¡Vámonos!

Pero en el momento en que Logan se disponía a salir ocurrió algo raro: no pudo, por más que lo intentó.

—¿Qué rayos ocurre aquí?

—Seguramente — le dijo Fel — es la misma mole del monstruo la que obstruye la entrada. No tiene nada de particular que usted no haya podido salir; es absolutamente invisible su cuerpo.

—¿Y qué diablos haremos? — gruñó Logan—. No vamos a estar toda la vida encerrados aquí, digo yo.

—¿Por qué no prueba a ver si la bestia dejó algún resquicio?

Logan se rascó la mandíbula. Realmente, era algo extraño ver el panorama lluvioso de Venus a través de la puerta, como si no hubiera ningún obstáculo en ésta, pero existiendo, en verdad, un enorme corpachón que les impedía el paso. Al fin, venciendo sus escrúpulos, tanteando con ambas manos, el forajido se decidió a salir.

Para ello hubo de trepar primero por uno de los costados del cuerpo. Al llegar arriba, y después de varios intentos, logró salir fuera.

—¡Vengan todos por aquí!—gritó—. Hay un espacio libre.

Cuando le llegó el turno a Fel, ayudó a Chantal a subir por el invisible costado del monstruo. Resultaba estremecedor el ver que se iba ganando

altura sin que pareciera tenerse nada bajo los pies, los cuales, además, se hundían en los gelatinosos costados del cadáver de la fiera, los cuales parecían tener la gomosa consistencia del caucho.

Al fin se vieron al otro lado y Fel vio que la joven respiraba con no poco alivio al verse libre de la maléfica presencia del animal. Junto a Logan aguardaron a que el resto de los demás pandilleros hubieran pasado, y entonces emprendieron la marcha.

Cuarenta y ocho horas más tarde alcanzaron el refugio inutilizado. Logan decidió hacer un día entero de descanso, tanto para reponerse de las fatigas de la primera etapa, como pensando en que la segunda, de tres días, sería aún mucho más dura que la anterior. Aun careciéndose en aquel lugar de deshidratador, el refugio, después de lo pasado, les pareció a todos poco menos que un regalo del cielo.

Veinticuatro horas más tarde reemprendieron la marcha, la cual, tal como había previsto el bandido, resultó durísima, especialmente en sus últimas horas. En estas etapas hubo ocasión en que Fel tuvo que cargar con la joven, pues Chantal, aspeada, no podía dar un paso más. Y así, tropezando y cayendo, sintiendo siempre sobre sí el fastidioso murmullo de la lluvia, llegaron a la astronave.

La «Coronado» se alzaba, sombría y majestuosa, bajo el gris manto de agua, que lavaba continuamente su refulgente casco. La mayoría de los bandidos no se pudieron contener, y aullando de alegría, corrieron hacia ella, empezando a trepar por la metálica escala de gato que había adosada a uno de sus costados, la cual terminaba sesenta metros más arriba, en la compuerta de acceso. Logan, más cauto, no se separó de sus prisioneros, a los cuales hizo subir delante de él.

Al llegar arriba, Chantal, jadeante, exhausta, cayó al suelo; sin poderlo remediar. Logan trató de hacerla levantar, pero Fel lo echó bruscamente a un lado.

—¡No sea estúpido! — le increpó—. ¿No ve que no puede moverse? No tenga prisa, Logan; ya se encuentra en donde está el mapa y puede esperar un poco de tiempo sin detrimento de su salud.

Fel tomó a Chantal en brazos y la llevó a uno de los camarotes de la nave. La depositó en una litera y luego salió, enfrentándose nuevamente con el pirata.

—¿Dónde está el pañol de los víveres, Logan? He de preparar un poco de café caliente para la señorita.

Logan se lo indicó, y diez minutos más tarde, Fel volvía a la cámara con una cafetera llena del humeante líquido, parte del cual vertió en una taza. Se la alargó a la joven.

—Esto le hará bien. Chantal — dijo, y ella lo miró con infinito agradecimiento.

—Se preocupa demasiado por mí, Fel—dijo ella, tomando unos sorbos de café.

—¡Bah! No haga mucho caso. Esto no tiene importancia alguna—. Y cuando la joven hubo terminado el contenido de la taza preguntó —: ¿Qué, se encuentra ahora mejor?

La muchacha asintió, sonriendo, y luego se dejó caer hacia atrás.

—Duerma un poco; le conviene — dijo Fel, tomándose otra taza de café.

Se llevó luego la bandeja y salió, cerrando cuidadosamente la puerta de la cámara.

El joven se aseó y se cambió de ropa. Cuando hubo terminado, Logan le salió al paso.

—¿Cuándo piensa la muchacha entregarme el plano, Lomas?

—Supongo que no le importará que descanse un poco, ¿verdad? Y a usted creo que también le conviene, Logan. ¿Sabe que no tiene muy buena cara?

—¡Deje mi cara en paz! —refunfuñó molesto el forajido—. Escuche, Lomas: si cree que con retardar el momento de la entrega del plano van a hacerme una jugarreta, están muy equivocados. Antes de que se den cuenta se encontrarán en los infiernos.

—¡Buuú, qué miedo!—rio Fel con toda desfachatez, dejando al pirata con la palabra en la boca y el rostro cubierto por una intensa capa de color de púrpura.

Se buscó un rincón donde dormir y lo hizo durante varias horas. No se hubiera despertado voluntariamente, sino que fue uno de los esbirros de Logan quien lo hizo, sacudiéndole sin ninguna consideración.

—¡Eh, usted, Lomas! ¡Arriba; el jefe lo está llamando!

El joven se sentó en la litera, contemplando frente a sí a un individuo de mediana estatura y rostro cetrino. Lo examinó críticamente de arriba abajo.

—Tú debes de ser Olivares, ¿verdad?

—Sí; ¿ocurre algo? — le dijo, retador, el granuja.

—No, nada, excepto que ¿quién diablos te mandó meterte en este asunto tan feo?

Olivares se encrespó.

—Mire. Lomas, si me va a tocar la cuerda de que somos paisanos, está muy equivocado. Usted es español, yo lo soy también, pero mis intereses son

muy distintos de los suyos.

—No me lo jures — sonrió Fel—. Ya sabes ese refrán que tenemos entre nosotros, ¿verdad?: «Dime con quién andas... y diré cosas muy feas de tus antepasados.»

—¡Basta ya, Lomas! Cierre el pico y no lo abra hasta que yo se lo ordene, ¿me ha entendido?

El joven se echó fuera de la litera, suspirando:

—¡Qué manía la de esta gente! Todo el mundo quiere mandar aquí y...

—¡Vamos!—dijo Olivares, dándole un brusco empujón.

Fel llegó hasta la cámara que había sido del padre de la muchacha, viendo a ésta allí ya, en compañía de Logan y de dos o tres de los secuaces de éste. La muchacha le miró con ojos húmedos, pero no dijo nada.

—¡Bien, señorita — la urgió el bandido—, estamos esperando! ¿Piensa estar así toda la vida?

Chantal suspiró y, al fin, alargando la mano, empezó a manipular en la caja fuerte, moviendo el disco numerado de ésta. Al terminar, hizo girar la palanca, y la puerta se abrió.

La muchacha quiso meter la mano dentro, pero Logan se lo impidió de un brusco empujón, que la lanzó hacia atrás. Hubiera caído al suelo de no sostenerla los fuertes brazos de Fel.

—¡No!—aulló Logan—, Ya lo haré yo...

Al cabo de unos segundos tenía en la mano un grueso sobre de papel manila, que rasgó con impacientes dedos. Extrajo de él un papel doblado varias veces sobre sí mismo y lo desplegó con excitados gestos.

Durante unos momentos el forajido contempló, con ojos brillantes por la satisfacción, el mapa que tenía en las manos. Después, sonriendo alegremente, lo dobló.

—¡Bueno—exclamó—, al fin he conseguido lo que...!

Una voz le interrumpió bruscamente.

—¡Un momento, Logan! ¡Me parece que es demasiado pronto para que cante usted victoria! ¡Déme ese mapa inmediatamente o lo acribillo a tiros!

Todo el mundo se volvió, estupefacto, enormemente sorprendido por las palabras que se acababan de oír. El capitán Ring estaba en la puerta de la cámara.

Logan lanzó un rugido de rabia al verse impotente en las manos del capitán de la «Temístocles». Ring sostenía en las manos una anticuada, pero

no por ello menos eficaz pistola automática, de negro cañón y gran calibre.

Una despreciativa sonrisa apareció en los labios de Ring.

—Se creía usted muy listo, ¿eh, Logan? ¿Por qué no dijo a sus hombres que me registraran el calzado? Si lo hubieran hecho, habrían visto en la caña de mis botas esta hermosa pistolita, cuyo cañón está pidiendo a gritos un poco de calor. ¡Vamos, Logan, déme el mapa o lo aso!

—Está loco, Ring, si piensa...

—Ahora — dijo con tono siniestro el capitán — el único que puede pensar soy yo, Logan. Le doy cinco segundos para decidirse. Si pasado ese tiempo, no me ha dado el plano... ¿Se imagina las delicias de una agonía con un trocito de plomo alojado en sus puercos intestinos?

—¡No se atreverá, Ring! ¡Está cercado por mis hombres!

Ring se echó a reír despectivamente.

—Sus hombres, Logan, forman un hatajo de imbéciles de la más pura calidad, y ahora están, salvo los que tiene a su lado, encerrados todos en sus cámaras, sin la menor posibilidad de acudir en su auxilio. ¡El plano, Logan!

El bandido vio que estaba por completo en las manos de Ring y, rechinando los dientes, dio un paso hacia adelante, con el mapa por delante. Pero, cuando ya iba a entregárselo, lo dejó caer.

—¡No sea estúpido, Logan! ¿Cree que me voy a dejar engañar por una treta tan burda? Vamos, déme el plano y no vuelva a intentar nada por el estilo, o lo llenaré de plomo sin más.

Logan miró a derecha e izquierda, como pidiendo consejo a sus compinches. Al fin, dijo:

—Wilcox, dáselo tú.

El aludido asintió, inclinándose hacia el suelo. En aquel momento, el pie de Logan entró en acción.

Impulsado por la extremidad del bandido, Wilcox saltó proyectado hacia adelante, clavando su cabeza en el estómago del capitán Ring. Éste lanzó un gruñido de dolor e, instintivamente, apretó el gatillo.

La detonación resonó estruendosa en el interior de la cabina, aturdiendo los oídos de todos los presentes. Ring cayó al suelo, pero tuvo tiempo de disparar de nuevo.

Fel saltó a su lado, atrayendo a Chantal hacia sí, y saliéndose de este modo de la línea de tiro. Uno de los forajidos, Webb, lanzó un ronco grito de angustia, al mismo tiempo que se llevaba las manos al pecho.

Pero aquel momento de respiro había sido lo suficiente para que Logan

hubiera podido maniobrar a su antojo. La mano del bandido voló hacia su pistolera.

Una bofetada de intenso calor golpeó los rostros de los presentes cuando Logan apretó el gatillo de su pistola de luz sólida. La descarga alcanzó de lleno a Ring, quien se retorció epilépticamente sobre sí mismo. Logan concluyó su labor con un segundo disparo, y un instante más tarde, Ring no era más que un montón de carne carbonizada que hedía de un modo espantoso.

Webb había caído de bruces en el suelo, y arañaba el pavimento de plástico con sus uñas. Lentamente, en medio de un abrumador silencio, Logan recuperó el mapa.

—¡Wilcox, Olivares, arrojen esa carroña por la escotilla! — ordenó, y los dos piratas se apresuraron a cumplir las órdenes de su jefe.

Pero Chantal no pudo pasarse sin hacer una objeción.

—¡Logan, ese hombre está vivo aún! —dijo, señalando a Webb, que aún se movía—. Puede salvarse...

La respuesta fue una irónica carcajada.

—Ya no nos sirve para nada, de modo que... ¡Vamos, dense prisa y hagan lo que les digo!

Unos momentos más tarde, la cámara estaba de nuevo como si no hubiera ocurrido nada en ella. Logan se guardó el plano en lugar seguro, y luego dijo:

—Lamento mucho la decisión que voy a tomar con ustedes, pero la reputo de absolutamente, necesaria.

—¿Qué es lo que pretende usted ahora de nosotros, Logan? — inquirió Fel, comenzando a alarmarse.

—Oh, nada de particular, no tema. Solamente quiero que me acompañen ustedes dos a la mina.

—¿Por qué?—preguntó Chantal, enormemente sorprendida por la insólita actitud del bandido.

Éste se echó a reir una vez más.

—Es muy sencillo, señorita: solamente quiero comprobar si lo que dice este mapa es cierto. Una vez que lo sepa...

Logan se interrumpió repentinamente. Fel sintió que un escalofrío le corría por la espalda y extendió su dedo índice.

—No olvide que prometió respetar nuestras vidas, Logan.

—Y así se hará; no pasen pena. Bien, dispónganlo todo para la marcha;

quiero salir de aquí cuanto antes.

CAPÍTULO X



INCO horas más tarde, todo estaba dispuesto de nuevo para la marcha. Logan no era hombre que dejase nada al azar ni confiase en la improvisación, de modo que todos sus hombres estaban equipados para hacer una somera prospección en la mina, con objeto de llevar muestras en el viaje de regreso, para lo cual transportaban incluso algunos frascos de buen tamaño que pensaban llenar en el propio yacimiento y traerlos después a la astronave.

Así equipados, se pusieron en camino. Una vez más, la lluvia, espesa y cálida, se abatió sobre ellos sumergiéndolos en su infinito paisaje de color verdegris que llenaba cuanto tenían ante sí.

El terreno parecía igual en cualquier dirección que se mirase, pero había pequeños detalles que ayudaban a la identificación, magníficamente, señalados en el mapa, y con los cuales se ayudaba Logan, en cabeza de la columna, para guiarla. Fel se dio cuenta de que el suelo, a medida que avanzaban, se iba haciendo más sólido y consistente, y un par de horas después de su salida, el pantano quedó a sus espaldas.

No obstante, la vegetación seguía siendo espesísima, lo cual dificultaba notablemente, su avance. Descansaron, tomando algún alimento, y una hora más tarde, reanudaron la marcha. Incluso allí parecía haber disminuido la intensidad de la lluvia.

Veinticuatro horas más tarde, Logan hizo alto. Se encontraba frente a una especie de colina de baja altura, cubierta totalmente por la típica vegetación venusina, la cual constituía un relieve ciertamente apreciable en la monótona llanura que hasta entonces había sido el paisaje. El bandido se volvió, satisfecho, hacia sus dos prisioneros.

—Bien — dijo—; creo que ya hemos llegado al término de nuestro viaje. Si el mapa no ha mentido, ahí tiene que estar la entrada de la mina.

—Yo no veo nada — refunfuñó Wilcox.

—En seguida te haré la luz, estúpido — contestó Logan, y levantó la pistola.

Quemó la vegetación con varias descargas de luz sólida, en un ancho círculo, en el centro del cual apareció al final, entre el humo, la negra boca de

un túnel. Gritos de alegría y placer brotaron de más de una garganta. Algunos de los bandidos, más impacientes, echaron a correr, desapareciendo rápidamente en el interior del túnel.

Logan hizo signos a sus cautivos de que avanzaran. Encendió una potente antorcha eléctrica, cuyos resplandores disiparon las tinieblas, y avanzó por la mina.

El túnel era de relativa amplitud, ya que podían caminar por él con cierto desahogo. Las voces de los forajidos llegaban hasta ellos curiosamente deformadas por el eco, y muy pronto oyeron también algunos golpes dados en los muros del yacimiento con los picos que Logan había ordenado disponer. El suelo iba en sentido descendente a medida que avanzaban, teniendo con la horizontal una inclinación de unos quince o veinte grados.

Las paredes de la mina tenían el clásico color rojo de todos los yacimientos mercúricos. Fel pensó para sus adentros que independientemente de las bolsas de mineral líquido que pudieran hallar, la riqueza allí existente era algo fabulosa, sobre todo una vez se hubiera organizado la explotación en forma conveniente. Pero Logan continuaba caminando y se vieron obligados a seguirle.

Los primeros descubridores del yacimiento habían realizado allí una labor muy notable, mas, no obstante, aún rudimentaria. Todavía tenía que hacerse mucho antes de que la extracción del mineral fuera rentable y, antes de empezar siquiera a trabajar; lo primero en que había que pensar era en el astropuerto. Sin esta condición, la mina resultaba absolutamente inútil.

Bruscamente, el terreno descendió más y más, de tal modo que resultaba difícil mantener el equilibrio. De pronto, Logan se detuvo en medio de una ancha cueva en donde parecía acabar el túnel, y en la cual, cuatro o cinco excitados piratas estaban golpeando furiosamente las paredes con sus piquetas.

La cueva parecía haber sido construida como centro de explotación de la mina y tenía una veintena de metros de altura por el doble o más de diámetro. Las luces de las antorchas oscilaban a compás de los movimientos de sus dueños, quienes, frenéticos, continuaban golpeando furiosamente en las paredes.

Logan sonrió satisfecho. Fel lo observó, dándose cuenta de que el bandido consideraba haber llegado, al fin, al término de sus aspiraciones. Aquél se volvió, mirando a la muchacha.

—Señorita, me descubro ante el genio de su padre. Sé que muchos lo tacharon de visionario, y me gustaría no haberle matado para poder expresarle mi felicitación más sincera por el hallazgo de este yacimiento tan importante.

—Acabemos de una vez, Logan—dijo ella impaciente—. Ya tiene usted

lo que tanto quería. Ahora, déjenos libres.

Logan meneó la cabeza.

—Lo siento — dijo—; no puede ser por ahora.

—Ya me suponía — dijo Chantal desdeñosamente—, que la palabra de un criminal no era de fiar. Sin embargo, traté de convencerme a mí misma de que accediendo a sus pretensiones, podríamos salir con bien de la aventura. De acuerdo — agregó, retadora—; ya mató al padre, haga ahora lo mismo con la hija.

Logan se echó a reir.

—¡Mi encantadora señorita de Saint Médard! No se ponga usted tan melodramática, por favor. Con usted no va nada, desde luego, sino con el caballero que tiene a su lado.

Chantal se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Qué quiere decir? ¿Qué burda broma es esta, Logan?

—No hay broma alguna — dijo el bandido, endureciendo su tono bruscamente—. Prometí respetar su vida, señorita, y así lo haré. Pero, con respecto al amigo Lomas, he tomado una decisión y la voy a ejecutar inmediatamente.

Fel no dijo nada, pero apretó los puños, disponiéndose a la pelea, pues no quería morir como un corderillo, sino luchando por defender cara su vida.

—Si mata usted a Fel, Logan — dijo Chantal—, romperé mi pacto de silencio apenas lleguemos a la Tierra.

—Si habla usted, es decir, si mantiene sus propósitos, la abandonaré en Venus, en un lugar completamente inexplorado — dijo Logan ceñudo y retador.

—El trato era de respetar nuestras dos vidas — objetó ella, calurosamente.

—¿Le importa mucho la de Lomas, señorita? — sonrió Logan.

Chantal enrojeció vivamente.

—¡Eso es cuenta mía, señor bandido! ¡Deje en paz a Fel o...!

—Mi querida señorita: usted no se encuentra ahora en situación de imponer ninguna condición, sino de aceptar las que yo le imponga, ¿me ha entendido? Y no me conviene en absoluto que Fel Lomas siga viviendo. Usted, acaso cumpla su palabra, pero Lomas no está ligado por ninguna, y en cuanto llegue a la Tierra, hablará; ¡ya lo creo que hablará!

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué ese empeño de hacer mal a quien no se lo ha hecho a usted, Logan? — imploró la muchacha.

El bandido soltó una corta risita.

—Pregúnteselo usted misma. Pregúntele por qué no va a callar, si no es de la forma definitiva en que yo pienso.

Chantal se volvió hacia el joven, mirándole con ojos llenos de lágrimas.

—Fel, por favor, defiéndase usted. Haga un trato con este hombre, sean cuales fueran las condiciones que le pidan.

—No puedo — dijo él, al cabo de unos momentos—. Sólo puedo callar de la forma que Logan ha dicho: matándome.

La muchacha se llevó una mano a la boca, tratando de ahogar el grito de espanto que pugnaba por salir de su garganta.

—¿Por qué, Fel? ¿Por qué? ¿Tiene usted algún compromiso tan fuerte que le obliga a arriesgar su vida de tal forma? ¿No puede violarlo?

El joven meneó la cabeza muy despacio.

—No. Lo siento, Chantal, pero yo no puedo establecer ningún pacto con Logan.

—¿Lo ve usted, señorita? — rio el bandido, satisfechísimo—. ¿Ve como toda la razón está de mi parte?

—¿Qué razón es ésa que le impulsa a matar a un hombre indefenso a sangre fría, Logan? — se volvió ella, con ojos chispeantes por la indignación que hervía en su pecho.

El bandido extendió su mano armada, señalando hacía Fel.

—No puedo dejarle con vida, señorita. Sería tanto como perderme yo mismo, y no tengo el menor deseo de suicidarme, ¿comprende? Su amigo Fel Lomas es un agente especial, delegado secreto del gobierno español, para la intervención de todas las minas de mercurio del Sistema Solar. ¿Lo entiende ahora?

Chantal volvió sus ojos hacia el joven.

—¿Es cierto eso, Fel?

—¡Ya lo creo! —gritó Logan—. El amigo Lomas se creía muy listo, pero no contó conmigo. Sospeché de él apenas le vi y, en un momento de descuido, cuando estaba durmiendo, lo hice registrar, encontrando sus credenciales, que dejé tal como estaban. ¿Qué le parece, señorita? Su padre halló la mina, y ahora viene Lomas, con sus manos limpias, a llevársela.

—¡Me engañó usted, Fel! —dijo la muchacha, con la voz llena de reproches.

—No la engañé, puesto que tampoco le mentí acerca de mi verdadera

situación. Pero, si bien hay mucha parte de verdad en lo que acaba de decir Logan, también hay numerosas inexactitudes en su acusación.

—De modo que aun suponiendo que las cosas hubieran ido bien, usted, a última hora, en nombre de su gobierno, habría echado las cartas sobre la mesa, desposeyéndome de lo que legalmente me pertenece, ¿eh? — dijo ella, rabiosa, conteniendo las ganas que le asaltaban, no sabía si de echarse a llorar o arañar el rostro del joven.

—Está usted en un error, Chantal—dijo Fel gravemente—. Debiera molestarse recordando lo establecido en la Convención de las Naciones Unidas de 14 de enero de dos mil doscientos setenta y tres. En ella se establece, y de acuerdo con las últimas cifras de producción de mercurio, que el cuarenta y nueve por ciento de este mineral que se halle en cualquier planeta del Sistema, pertenece a mi país, al cual represento en estos momentos. Naturalmente, un porcentaje de esa proporción corresponde por derecho propio al descubridor o descubridores del yacimiento, en este caso, usted, Chantal. Ya puede ver cómo de ninguna manera sale usted perdiendo; tan sólo con sus derechos reunirá una linda fortunita.

—¡Yo no quiero ese dinero! ¡La mina es mía!

—¿Está segura? — sonrió Fel—. Mire quién está a su lado, apuntándole con una pistola, y verá cómo sus derechos, por el momento, tienen más de aleatorios que de seguros.

—Lomas tiene razón — dijo Logan—. En este momento, el único propietario de la mina soy yo. Y lo lamento, pero sé que dada su condición de delegado español, Lomas no podría callar, por lo que, inevitablemente, me veo en la obligación de suprimirlo.

—Puede hacerlo — dijo fríamente Fel—; pero no crea que por ello escapará, tarde o temprano, a su justo castigo.

—¡Palabras, palabras! — refunfuñó Logan, despectivo, y levantó una vez más la pistola.

Fel se aprestó a lanzarse contra el bandido, pero en aquel momento sonaron unos gritos.

—¡Ya está! ¡Ya está!—dijo alguien, a voz en cuello—. ¡Logan, ven para acá!

El bandido se echó a un lado.

—Pasen — dijo secamente, y la pareja echó a andar.

Unos metros más allá se detuvieron, absortos ante el espectáculo que estaban contemplando. Los bandidos habían logrado, al fin, perforar uno de los muros, abriendo en él un boquete, por el que, de modo ininterrumpido, salía un grueso chorro de lo que parecía plata líquida. El mercurio, manando

como de una fuente, se extendía por el suelo, formando anchos charcos, que iban agrandándose de forma continua.

Los ojos de Logan brillaron codiciosamente. Realmente, era una auténtica fortuna lo que tenía frente a él, y no pudo evitar dar un paso hacia adelante.

Guardó silencio unos momentos, gritando después:

—¡Vamos, muchachos, dense prisa y llenen los frascos cuanto antes! ¿Es que no tienen ganas de salir de este maldito hoyo?

Hurras y vítores de alegría contestaron las palabras de Logan. Trabajando frenéticamente, empujándose unos a otros, chapoteando en los pequeños lagos que se habían formado con el líquido metal caído en el suelo, los bandidos hicieron lo que su jefe les había ordenado.

—Saquen la primera serie fuera de la mina — continuó Logan, cuando vio que sus esbirros habían llenado ya cada uno su correspondiente frasco.

Los hombres obedecieron, volviendo luego a la caverna. Todos se colocaron allí, en fila, al lado de la fuente que continuaba manando sin cesar, proyectando al exterior un chorro de mercurio tan grueso como el brazo de una persona.

Súbitamente, Logan levantó la mano armada. Chantal lanzó un grito, abrazándose a Fel por puro instinto.

Pero Logan apuntaba en otra dirección. Con terrible sangre fría, el forajido empezó a eliminar a sus compinches, quemándolos vivos uno por uno. Wilcox, Webb, Martins, todos fueron desapareciendo, convertidos en nauseabundos trozos de carne carbonizada, pese a los esfuerzos que hicieron por huir de la horrible suerte que aquel supercriminal les tenía destinada.

Pero en el último momento, uno de los supervivientes, reaccionó, de manera totalmente inesperada. Aullando de dolor, Olivares, con un brazo limpiamente seccionado por una descarga de fuego sólido, tomó su navaja con la otra y la arrojó contra Logan.

El acero y el disparo del bandido que acabó con Olivares se cruzaron en su mortífero camino. Pero la puntería del español estaba ya muy disminuida, y así la navaja se clavó en un muslo de Logan.

Éste lanzó un aullido de dolor al sentirse herido, y cayó sentado, oprimiéndose el miembro herido con ambas manos. Fel no perdió tiempo y le arrebató la pistola antes de que Logan pudiera reaccionar.

El criminal le miró con ojos llenos de vesania.

Fel levantó el arma, pero Chantal se lo impidió, abrazándole estrechamente.

—¡No, Fel, no! — gritó—. No se ponga usted a su altura. Hágalo

prisionero y que sea la justicia la que se encargue de él.

—¿Cree usted que un hombre como este asesino merece los trámites legales de un tribunal? — exclamó furioso el joven.

—Usted no es como él. Usted es una persona decente, en tanto que Logan...

El joven vaciló unos momentos. Al fin, bajando el arma, miró a Logan, el cual continuaba aún sentado en el suelo, viendo cómo le corría la sangre entre los dedos.

—Tiene usted suerte, Logan. Dé las gracias a la señorita, porque, de lo contrario...

—Nunca di gracias a mis enemigos, ni tampoco la voy a pedir ahora. Ahórrense el llevarme a la Tierra, porque haré los imposibles para no ser juzgado. Y si piensan que yo conduzca la nave en su viaje de regreso...

Logan se interrumpió bruscamente. Un sordo crujido acababa de oírse en el interior de la caverna.

Todos se volvieron instintivamente a mirar de dónde procedía aquel siniestro ruido. Y, apenas lo hubo visto, Chantal lanzó un agudísimo grito.

—¡No, no!

Los muros de la caverna se estaban derrumbando, empujados por la formidable presión del mercurio contenido en su interior. Una catarata del plateado metal surgía a la vista, amenazando, con su inextinguible contenido, con ahogar todo cuanto había allí.

—¡Corramos, Chantal! —gritó Fel, tomándola de un brazo.

Sin hacerse de rogar, la muchacha dio media vuelta. Los dos echaron a correr, perseguidos por el sordo trueno de la cascada de mercurio que en cantidades fabulosas, se desparramaba por el interior de la caverna.

Logan gritó y aulló, horrorizado ante el espantoso fin que le aguardaba. Haciendo un sobrehumano esfuerzo, trató de levantarse y aún consiguió caminar, renqueando, unos cuantos metros. En vano fue que implorara socorro; Fel y Chantal no podían volverse, so pena de ser ellos mismos sumergidos en el líquido océano de metal.

Una enorme ola de mercurio alcanzó bruscamente a Logan, envolviéndole en pesadísimo abrazo. Por un momento, los brazos del bandido, agitándose desesperadamente, surgieron a la superficie, pero una nueva y mayor oleada de mercurio, que llegó casi hasta el techo de la caverna, acabó por sepultarle en su seno.

Fel y Chantal llegaron fuera, precediendo en contados metros a las primeras olas de mercurio, el cual salió fuera del túnel, desparramándose con

cierta mansedumbre por el exterior. Apartándose a un lado la pareja contempló el espectáculo, aún estremecidos ambos por el horror de las escenas que acababan de presenciar.

Restos humanos salieron al exterior, arrastrados por el denso oleaje. El cadáver de Logan, totalmente aplastado por el enorme peso del metal, fue arrojado a unos cuantos metros de la boca del túnel, quedando allí extendido, inerte, rodeado del líquido mercurio que tanto había ambicionado.

Cuando la impresión de aquellos horribles momentos se les hubo pasado un tanto, Fel tomó el brazo de la muchacha.

—¡Vámonos, Chantal! ¡Hemos de regresar a la Tierra!

—Pero... yo no sé manejar la astronave...

—Tú—dijo él, apeándole el tratamiento—, sácala al espacio, y lo demás corre de mi cuenta. Hay alguien que está aguardando mi llamada radial y que acudirá apenas la haya recibido.

Ella le miró, sonriendo a través de las lágrimas.

—No sé quién de los dos era más bandido... si tú o Logan, Fel.

—Yo —dijo él, echándose a reir alegremente—. Yo, si he conseguido robarte el corazón. ¿Qué opinas tú?

—Que tienes razón, Fel — dijo ella mimosa, oprimiéndose contra él.

Pero, de pronto, su gesto se tornó serio.

—¿Qué te ocurre, muchacha?—inquirió el joven, alarmado.

—Espero que una vez nos hayamos casado, no te insubordinarás como hiciste con el capitán Ring, ¿verdad?

Fel se echó a reir.

—No temas, cariño. Aquella insubordinación fue solamente cosa de su mente. Cometí la tontería de creyéndole una persona de fiar, revelarle mi auténtica personalidad, y entonces él me acusó de algo que yo no había cometido, largándome fuera del «Temístocles». No se atrevió a suprimirme directamente, sabiendo que la cosa podía costarle luego un disgusto. Y después, supongo yo, la codicia debió de cegarle y se vino hacia Venus. Eso es todo.

Chantal suspiró, feliz.

—Sí, cariño; eso es todo. Oye, y esos amigos que esperan tu llamada, ¿dónde se encuentran ahora?

—Pues... en la Tierra, supongo. Pero emplearán una nave ligera, de modo que no tardarán mucho en llegar.

—Tienes que pedirles un favor. ¿Crees que te lo concederán?

—¿Por qué no? Sobre todo, después de lo que he hecho... ¿De qué se trata?

Chantal apoyó la cabeza en el hombro del joven.

—Diles que se traigan a un sacerdote con ellos en la nave; lo necesitamos — murmuró.

Fel no dijo nada; tomó de la barbilla el rostro de la muchacha y sus labios fueron mucho más expresivos que sus palabras.





—Bueno, ya estoy en la Luna. Pero habiéndome olvidado el cohete en la Tierra, me gustaría saber cómo he llegado.

Se lo advertimos: la novela que aparecerá en el próximo número, es una novela distinta a todas. No olvide su título:

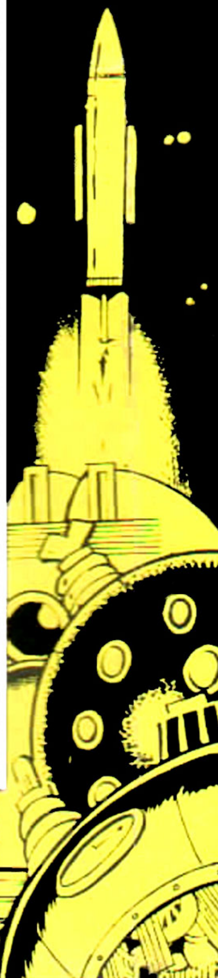
Operación Selene

Su autor, SYLVESTER STRANGE, conseguirá arañarle los nervios de inquietud y apasionarle como nunca.



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS:

60. — Una princesa de Sirio. — *Clark. Carrados.*
61. — Vagabundos del infinito. — Red *Arthur.*
62. — La fauna del Espacio. — *H. S. Thels.*
63. — Conflicto estelar. — *Clark Carrados.*
64. — La bestia informe. — *Law Space.*
65. — Memorias de una máquina. — *Clark Carrados.*
66. — Mensaje al Universo. — *Louis G. Milk.*
67. — ¡Voces en el Espacio! —*H. S. Thels.*
68. — Revolución en el Sistema. — *Clark Carrados.*
69. — El juego de la muerte. — *Red Arthur.*
70. — Policía sideral. — *Clark Carrados.*
71. — Invasores de la Tierra. — *Johnny Garland.*
72. — Extraños en la Luna. — *Eduardo Texeira.*
73. — Un yanqui en la corte del rey Marciano. — *Law Space.*
74. — El planeta perdido. — *Louis G. Milk.*
75. — El oro de las estrellas. — *Clark Carrados.*
76. —La guardia del tiempo. — *Louis G. Milk.*
77. — Vampiro estelar. — *M. S. Thels.*
78. — Guerra telepática. — *Law Space.*
79. — La guerra de los asteroides. — *Clark Carrados.*
80. — Al final del cosmos. — *Law Space.*
81. — Satélite artificial. — *Johnny Garland.*
82. — Intriga en la galaxia. — *Louis G. Milk.*
83. — Ultrametrópolis. — *Law Space.*
84. — Mutaciones. — *H. S. Thels.*
85. — Viaje al centro de Plutonia. — *Clark Carrados.*
86. — Persecución en la órbita. — *H. S. Thels.*
87. — El país de los «robots». — *Clark Carrados.*
88. — Atentado en el tiempo. — *Law Space.*
89. — Pantanos de metal. — *Clark Carrados.*



Escena de «Duelo en el Atlántico», película Cinemascope, 20th. Century Fox

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4** pesos

Notas

[←1]

Alejandro Selkirk fue un marinero abandonado por el capitán de su buque en una isla desierta, la de Juan Fernández, y cuyas aventuras inspiraron a Daniel Defoe su celebérrimo Robinson Crusoe. (N. del A.)

[←2]

Naturalmente que esto es una hipótesis, dado que Almadén no da señales de agotamiento, ni con mucho, y su producción sigue siendo la mayor del mundo, con una media real de unas 2.700 toneladas anuales de mercurio. Italia, el segundo centro productor, alcanza apenas las 1.850 toneladas anuales, y los demás países quedan muy lejos, como Yugoslavia, con 326; Canadá y Méjico con, aproximadamente, 334 anuales, etc. Lo que se manifiesta en el diálogo de los protagonistas es en aras del interés del argumento e intriga de la obra. (N. del A.)